

HACER POLITICA EN BUENOS AIRES: LOS ITALIANOS EN LA ESCENA PUBLICA PORTEÑA 1860- 1880¹

HILDA SABATO - EMA CIBOTTI²
Agosto 1988

LA REFLEXION acerca de la relación existente en nuestro país entre el fenómeno inmigratorio y la formación del sistema político es de vieja data. Ya Sarmiento veía en el rechazo de los inmigrantes a la nacionalización una de las causas principales de los problemas que presentaba el desarrollo político argentino. Inauguraba así una tradición destinada a perdurar en las interpretaciones sobre el pasado de nuestro país, la que encuentra una de las claves para comprender su historia política en la exclusión de una parte importante de los habitantes —los inmigrantes— quienes al no nacionalizarse, renunciaban al papel de ciudadanos, marginándose así de toda participación política. Desde diferentes ópticas, este enunciado ha sido repetido una y otra vez por sociólogos, analistas políticos, historiadores, y se apoya en un dato incontestable, la bajísima tasa de nacionalización que se observa entre los inmigrantes en la etapa en que estos constituían una proporción muy importante de la población del país. También se basa en un presupuesto: el ejercicio de la ciudadanía, y en particular del derecho al voto, es la forma por excelencia (la única, la adecuada, la descabida, según las diferentes interpretaciones) de participación en la vida política, y también lo era en ese período de límites variables que se reconoce como de formación del sistema político argentino y que se ubica entre mediados del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX.

A partir de este supuesto, de la baja tasa de nacionalización se deduce la falta de participación, la marginación de los inmigrantes de la vida política. Queda pues, oculta la pregunta referida a otras formas posibles de intervención de los inmigrantes y, en términos más generales, de todos los habitantes del país, en la escena política. Esta es la pregunta central que nos formulamos en este trabajo, dedicado a explorar algunas formas y mecanismos de intervención política de la colectividad italiana en las décadas de 1860 y 1870 en la ciudad de Buenos Aires, en el marco de

¹ Agradecemos a los compañeros del PEIHESA los comentarios y sugerencias que hicieron a una versión preliminar de este artículo.

² Respectivamente investigadora y becaria del CONICET en el PEIHESA-CISEA.

la problemática más general de las relaciones entre una sociedad civil que estaba sufriendo cambios profundos y un sistema político en formación. En ese sentido, observamos que no era necesariamente a través del ejercicio de la ciudadanía que la mayor parte de los habitantes de la ciudad se vinculaba con la política. Y si las elecciones eran un mecanismo aceptado para garantizar la sucesión en el ejercicio de los cargos de gobierno, no eran sin embargo la única vía de expresión política, ni siquiera la principal. Por el contrario, existían caminos informales, legitimados por la acción y la costumbre, para intervenir en la escena política local, y los inmigrantes desde muy temprano transitaban esos caminos. Cuáles eran las características de esa participación, cuáles sus alcances y también sus límites son las preguntas que intentaremos responder en las páginas que siguen, atendiendo al caso particular de la colectividad italiana.

En primer lugar, el trabajo se detiene a analizar los textos que han tenido mayor peso en la formulación de la interpretación que sostiene la marginación de los inmigrantes a la vida política del país, señalando sus puntos de partida, resumiendo sus argumentos y marcando sus límites. A continuación, se plantea el problema general de las relaciones entre sociedad civil y sistema político en la Argentina, para centrar el foco en la ciudad de Buenos Aires durante los años de la Organización Nacional. Finalmente, el trabajo se interna en su tema central, el de las formas de intervención de la colectividad italiana en la vida política porteña.

La ciudadanía como tema

El tema de la ciudadanía ha constituido una cuestión central en el análisis de los años formativos de nuestro sistema político. Toda una zona de la literatura contemporánea preocupada por el desarrollo político argentino ha buscado rastrear el proceso de conformación y ampliación de la ciudadanía, a partir del momento en que el derrumbe del régimen rosista inaugura una etapa nueva en la historia política del país. Para esta literatura, desde entonces y hasta entrado el siglo XX —aún después de la universalización efectiva del sufragio en 1916— uno de los obstáculos principales al proceso de ampliación de la ciudadanía fue la presencia masiva de inmigrantes no nacionalizados, que no tenían derecho a voto y quedaban así al margen de los mecanismos formales de vinculación con el sistema político. Esta constatación ha derivado en una interpretación más general, que afirma la falta de participación de los extranjeros en la vida y en la escena políticas del país en esa etapa crucial de construcción del sistema.

Esta imagen de un sistema político viciado de origen por la exclusión de una parte importante de la población del ejercicio de la ciudadanía, desarrollada en interpretaciones contemporáneas, remite a preocupaciones ya vigentes en el siglo XIX. La voz solitaria de Sarmiento anticipaba en la década del cincuenta esta temática, que solo treinta años después encontró un lugar en el debate público. Más tarde, hacia fines de siglo, Juan B. Justo contribuyó a cambiar los términos de ese debate, pero ambos trazaron los parámetros dentro de los cuales —como veremos— se fue desarrollando la discusión posterior.

1. Sarmiento y Juan B. Justo: los diagnósticos militantes

"Si (los extranjeros) tienen intereses en el país y quieren influir sobre su destino y situación, las leyes les abren las puertas, permitiéndoles hacerse ciudadanos, y elegir magistrados que dirijan la política, y ser ellos mismos representantes... Si prefieren conservarse extranjeros, entonces renuncian a entender en la política..." Sarmiento planteaba así, en 1857, las opciones que tenían ante sí los inmigrantes; los invitaba a incorporarse formalmente a la vida institucional del país, pero se oponía a otorgar los derechos políticos a quienes no hicieran el gesto activo de solicitar la ciudadanía y se enojaba frente a quienes pretendían tener ingerencia en la política local sin transitar por el camino de la nacionalización.³

Treinta años más tarde, diagnosticaba "...los extranjeros, absteniéndose de ser hombres, ciudadanos... son la causa única de la destrucción de las instituciones republicanas, que son sin embargo, la garantía de esas mismas riquezas que acumula el trabajo material, pero que solo la libertad regida por instituciones conserva".⁴ Aquellos inmigrantes, que habían logrado acumular riqueza y propiedades en el país que los había recibido sin discriminación en su seno habían optado y, según Sarmiento, habían optado mal, al negarse neciamente a completar su tarea y asumir la responsabilidad de convertirse en ciudadanos, para intervenir de manera activa en la vida política e institucional de la Argentina. Sarmiento no se resignaba a aceptar que quienes él vislumbraba como la pieza fundamental de un cambio en las costumbres políticas del país, fueran tan indiferentes a ese destino histórico y no cejaba entonces en su intento de convencerlos —acusándolos unas veces, exhortándolos otras— para que de una vez asumieran su papel.

Este diagnóstico-condena formulado por Sarmiento será retomado algunos años más tarde por Juan B. Justo, pero con un sesgo que estaba ausente de la formulación sarmientina: la preocupación por la falta de representación de las masas populares de origen inmigratorio. Esta dimensión del problema será el centro de los planteos socialistas de fines de siglo, modificando sustancialmente el contenido del diagnóstico de Sarmiento.

Para Sarmiento, el problema central era que "...sucede en Buenos Aires lo que no sucede en parte alguna de la tierra, y es que los comerciantes, dueños del comercio que paga las rentas, no *votan* en las elecciones".⁵ La solución era pues, que "...el voto sea una realidad en Buenos Aires, votando aquellos que teniendo propiedad y manejando capitales propenderán siempre porque prevalezcan las ideas de orden, honradez y economía en el manejo de los caudales públicos".⁶ Otro sería

³ D.F. Sarmiento: "L'Opinion Etrangère" en *El Nacional* 25-9- 1857, citado en Sarmiento (1928). En este reclamo solitario, Sarmiento vinculaba el problema de la participación política con el de la ciudadanía en los mismos términos en que lo reformularía hacia el final de su vida. Para un análisis de las posturas de Sarmiento en este tema ver Tulio Halperin Donghi (1976).

⁴ Sarmiento: "El por qué y el para qué de las emigraciones a América" en *El Diario*, 12-9-1887. Citado en Sarmiento (1928), pp. 299-312.

⁵ *Ibid.*

⁶ Sarmiento: "Siempre la confusión de lenguas" en *El Diario*, 15-9- 1887. Citado en Sarmiento (1928) p. 327.

el sesgo de las preocupaciones de Juan B. Justo algunos años más tarde. Para los socialistas, la estructura social y económicamente injusta de la Argentina finisecular se apoyaba en un orden político arbitrario que podía y debía ser transformado. Para lograrlo, se requería universalizar efectivamente el sufragio, y, en un país en que los sectores populares eran masivamente extranjeros, la nacionalización se convertía en el paso previo indispensable para garantizar la participación política: sólo el ciudadano podía integrarse de manera activa al tipo de lucha política defendida y practicada por el Partido Socialista, la lucha por ganar espacios de representación en las instituciones, la lucha electoral.⁷ Mientras Sarmiento se había opuesto terminantemente al otorgamiento automático de la ciudadanía a los extranjeros pues "¿cuál sería la suerte de una república como la nuestra... dando la ciudadanía... a las muchedumbres de todas las lenguas, a los palurdos pobres e ignorantes de las campañas, a la espuma de las ciudades, a los desechos humanos de todas las sociedades?"⁸ los socialistas bregaban por el sufragio universal y convertían a la campaña por la naturalización masiva en uno de los ejes de su programa político.⁹

Estas diferencias acerca de quiénes debían ser los ciudadanos y cuáles los límites de la ampliación de la ciudadanía no alcanzan para ocultar una dimensión compartida por ambas formulaciones. En efecto, las dos se apoyan en el presupuesto de que la ciudadanía es la vía adecuada y deseable hacia la participación política, y la preocupación por lograr la nacionalización de los inmigrantes (de algunos o de todos) se inscribe en la certeza de que ése es el camino único y legítimo para incorporarlos al sistema político, así como el paso indispensable para la necesaria y deseable transformación de ese sistema.

Más aún, en ambos casos, el diagnóstico de los males que acusa el sistema político es sólo una introducción al propósito más militante de transformarlo, según patrones que no parten en realidad de ese diagnóstico mismo sino de concepciones previas acerca de cómo debe darse la relación entre ese sistema y la sociedad. Cuando Sarmiento escribía sus artículos en la década del 80, esta relación comenzaba a aparecer como un tema en el debate público y pronto, la cuestión de la ciudadanía se convertiría en el núcleo de las discusiones en torno al sistema político.

2. Ciudadanía y modernización: la interpretación de Gino Germani

Muy lejos del protagonismo militante que impregnaba el diagnóstico de estos contemporáneos, muchos de quienes desde nuestro presente han reflexionado acerca del pasado político argentino han retomado esos diagnósticos en los que se pone el acento en la presencia masiva de inmigrantes no nacionalizados, y de allí se

⁷ Ver, por ejemplo, Juan B. Justo (1933). Para un análisis de las posturas de Justo en este tema ver, entre otros, Tulio Halperín Donghi (1976) y Ricardo Falcón (1984).

⁸ Sarmiento: "La institución municipal" en *El Diario* 14-9- 1887, citado en Sarmiento (1928), p. 313.

⁹ Sobre las discrepancias que surgieron en el seno del Partido Socialista en torno a esta cuestión ver Falcón (1984; 1987).

infiere su falta de participación en la política, su marginación, en fin, su exclusión del sistema político que, en consecuencia, habría resultado viciado de origen.

Esta tesis se encuentra ya en los trabajos de quien fuera, a la vez que introductor de la sociología en la Argentina, uno de los más brillantes analistas de la estructura de nuestra sociedad, Gino Germani. En su conocido esquema sobre seis etapas de transición desde la sociedad tradicional hacia la democracia con participación total, Germani elige para su estudio específico sobre la Argentina comenzar precisamente por la etapa de la inmigración masiva, pues "...la Argentina contemporánea no podría ser comprendida sin un análisis detenido de (ese proceso)".¹⁰ Proceso esencial en la transición a la modernización, produjo además una renovación fundamental de la población del país. El impacto inmigratorio fue de tal magnitud que Germani descarta toda posibilidad de absorción de esos extranjeros en el cuerpo de la sociedad nativa, sosteniendo en cambio la hipótesis de la emergencia de una nueva estructura y de un nuevo tipo social, producto sincrético de los diversos componentes nativos y extranjeros que se conjugaron en esa Argentina "crisol de razas".

En su análisis, dos son los momentos en los cuales le interesa reflexionar acerca de las relaciones entre los inmigrantes y el sistema político. En primer lugar, la participación política aparece como "parte del problema más general de la asimilación o, más precisamente, de la *fusión* de los distintos componentes argentinos y extranjeros en una unidad nacional relativamente integrada."¹¹ En este punto, parte de la observación de los contemporáneos a la inmigración masiva que destacaban la completa falta de esa participación entre los inmigrantes. Percibe la decepción del Sarmiento del 80, cuando descubre que esos extranjeros, cuyo trasplante se esperaba que entre otras cosas fuera una pieza fundamental de la transformación política del país, no parecían estar dispuestos a jugar ese papel y se resistían a adoptar la ciudadanía. También lo sigue parcialmente en sus razonamientos cuando enumera aquellos motivos que parecen explicar esas reticencias: los amplios derechos que —salvo en el campo estricto de la representación política— otorga la Constitución a los extranjeros; la lealtad al país de origen, y aun un desinterés genuino por la política, que no tiene que ver con su carácter de inmigrantes, sino con su escasa educación y su falta de práctica política en sus propios países de origen.

Tomando luego distancia con las lamentaciones de la época, subraya la ambivalencia de esa elite que si "...deseaba de manera explícita un funcionamiento real de la democracia prevista en la Constitución y para ello había fomentado la inmigración...";¹² en realidad no parecía dispuesta a la extensión efectiva de los derechos políticos, ni a esos extranjeros recién llegados, ni tampoco a los nativos que en proporciones abrumadoramente mayoritarias no tenían ninguna ingerencia en los procesos electorales. Esta reticencia de la elite se convertiría más tarde en franca resistencia a la participación política de los inmigrantes cuando ésta tomó la forma de activismo contestatario y los extranjeros, junto con los argentinos, como

¹⁰ Germani (1968) p. 239.

¹¹ Ibid, p. 274.

¹² Ibid, p. 272.

integrantes de unos sectores populares renovados, se organizaron de manera diversa para resistir al orden oligárquico.

Germani marca así un doble movimiento: por una parte, en una primera etapa, falta de participación política de los inmigrantes que no buscan la nacionalización y por lo tanto, no se integran por esa vía a la sociedad nacional —aunque sí lo hacen por otros caminos. Por otra parte, en un segundo momento, la creación de canales propios de participación, de origen e integración clasista, que contribuyen a la fusión de extranjeros y nativos de los sectores populares urbanos. En este punto, su preocupación inicial por la asimilación y por el proceso de formación de una cultura sincrética, se entronca con una segunda cuestión: su interés por analizar la transición hacia un régimen político de participación total. En este sentido, según el esquema teórico de evolución de las sociedades en el camino cierto de la modernización, la etapa de la inmigración masiva, con sus transformaciones sociales radicales, debía implicar "... el ingreso a la vida nacional de los grupos que se iban diferenciando a partir de los antiguos estratos tradicionales, es decir, la posibilidad (y la necesidad) de que el funcionamiento de la democracia... incluyera también a las clases de formación reciente".¹³ Ese tránsito de la democracia representativa con participación limitada a la de participación ampliada se produjo en las elecciones de 1916, tránsito que sería, en la expresión de Germani, "particularmente traumático". El problema central: la marginalidad política de una parte importante de la población, inmigrantes no nacionalizados ubicados además en la franja a la que debía corresponder el mayor peso en la vida de un país en camino hacia la democracia plena: varones adultos de las regiones más "modernas".

He aquí la peculiaridad del caso argentino que lo desvía del modelo de transición sin traumas de un régimen tradicional a uno de participación total. Desde ese modelo, que no es el de Sarmiento ni el de Justo, pero que también se apoya en un esquema de evolución de las sociedades en el que la ampliación de la ciudadanía representa un paso decisivo en el proceso de cambio, Germani en principio no duda de que la falta de nacionalización de los extranjeros se traducía en falta de participación política, aunque sí llega a percibir que la ciudadanía formal no era garantía alguna de participación efectiva. Descubre también lo que denomina una participación indirecta de las clases medias y populares de nueva formación en la vida política de principios del siglo XX: las primeras, creando el clima para la expansión del partido por excelencia de esas clases medias, la Unión Cívica Radical; los sectores populares, alimentando los movimientos contestarios que surgieron por entonces en el país. Pero para Germani esa participación indirecta significó "... un retraso considerable en la formación de organismos políticos adecuados para el proletariado urbano que apoyó al radicalismo... en lugar de formar un partido propio suficientemente fuerte".¹⁴ Nuevamente el desvío de la senda esperada lo remite al origen: la población inmigrante, su falta de participación primero, su participación indirecta luego, pero nunca el camino sin traumas hacia la ciudadanía y la representación.

- ¹³ Ibid, pp. 298-299.

¹⁴ Ibid, p. 303.

3. En clave "germaniana"

Cuando Germani desplegaba estas ideas, las hipótesis centrales de su trabajo circulaban profusamente en el campo académico. En particular, la paradoja de una masa inmigratoria integrada social y económicamente, pero marginada en términos políticos aparece de manera reiterada en los análisis de la época como una de las claves para entender distintos aspectos de la realidad argentina presente y pasada.¹⁵ También por entonces, algunos autores simplifican los argumentos y, recuperando una de las vetas del Sarmiento tardío que ya había inspirado a ensayistas e historiadores en las décadas anteriores,¹⁶ encuentran en la ávida pasión por lo material y por el ascenso social que descubren en los inmigrantes, una de las causas centrales del escaso atractivo que sobre ellos parecía ejercer la política. La realidad habría respondido así al ideal alberdiano de una república de habitantes que desdeñaban el rol de ciudadano.¹⁷

En investigaciones más recientes, en cambio, se ha retornado a algunas de las hipótesis más complejas de Germani, tanto en el terreno restringido de los estudios sobre el proceso de asimilación o integración de los inmigrantes, como en trabajos más generales sobre sociedad y política en la Argentina. En este último campo, es sin duda el artículo de Torcuato Di Tella sobre el sistema político que retoma de manera más clara ese conjunto de hipótesis.

También con resonancias sarmientinas, Di Tella se preocupa centralmente por "la falta de una adecuada representación de la burguesía... debido a la existencia de una clase capitalista burguesa casi totalmente extranjera y por lo tanto, con poca participación política durante los años formativos de la nacionalidad".¹⁸ Su trabajo en principio desconcierta: se inicia con una minuciosa descripción de la efectiva participación de los inmigrantes italianos en la vida política local; en las luchas civiles y en los conflictos facciosos primero, en la construcción del movimiento obrero luego, destacando la influencia ideológica pero también la predisposición a la acción concreta por parte de distintos sectores de elite de esa inmigración. Sólo más tarde se descubre que no es esta la participación que podía servir de base para atacar "la enfermedad política argentina".¹⁹ Lo que Di Tella busca y no encuentra son esas "adecuadas conexiones orgánicas entre los partidos y las clases poseedoras"²⁰ que hubieran permitido el desarrollo de un sistema político menos enfermo.

El problema es pues, de representación y de relación entre sectores sociales y partidos políticos: en ese terreno decididamente la Argentina parece haber seguido una vía heterodoxa. Vacío de participación significa entonces desvío de las formas esperadas de participación en una sociedad claramente encaminada en la senda de la modernización y —por lo tanto— de la democratización. Como a Germani, a Di

15 Ver, por ejemplo, Comblit (1967) y Cortés Conde (1965).

16 Notoriamente Ezequiel Martínez Estrada. José Luis Romero también incorpora esta imagen en su muy atractiva interpretación de la Argentina "aluvial".

17 Por ejemplo Díaz Alejandro (1970) y David Rock (1977).

18 T. Di Tella (1981), p. 193.

19 Ibid.

20 Ibid. p. 186.

Tella le interesa más este desvío a partir del cual se puede explicar la Argentina contemporánea, que las formas que efectivamente adoptó la vida política y la participación en el período en cuestión.

Otro es el punto de partida de quienes han procurado comprender las formas de organización y acción de los sectores populares explorando el surgimiento del socialismo y del anarquismo hacia fines del siglo XIX, como manifestaciones iniciales de una actividad que luego encontraría otros canales políticos para expresarse. Claro que también en este caso se ha buscado relacionar ese surgimiento con el fenómeno de la presencia inmigratoria, y una tesis clásica en este sentido ha sido la de verla como resultado del trasplante de ideologías en la persona de algunos inmigrantes.²¹ Un artículo reciente cuestiona seriamente esta tesis para atribuir la difusión de esas corrientes y sobre todo el éxito relativo del anarquismo en los años anteriores al Centenario, refiriéndolo a tres aspectos: las características del régimen político, la cuestión étnica y la cuestión social.

Para explicar el atractivo que el anarquismo habría ejercido sobre los sectores populares, Ricardo Falcón vuelve así sobre algunos de los temas centrales al pensamiento de Germani.²² En primer lugar, la marginación de los inmigrantes —extranjeros que encontraban pocas razones para nacionalizarse— del sistema político formal, el que a su vez demostraba franca resistencia a la ampliación real de la participación. Pero también, la creación de formas propias de organización en el seno de los sectores populares, con preeminencia de las propuestas que privilegiaban las medidas de acción directa por sobre la participación institucional (movimientos de protesta, los llamaba Germani). Finalmente, la propensión de los inmigrantes a mantener solidaridades étnicas que los llevaban a agruparse por nacionalidad o región de origen, aun dentro de organizaciones de tipo gremial (Germani habló de estructuras pluralistas). Son estos tres rasgos "germanianos" de la sociedad argentina los que en este esquema le permiten a Falcón explicar de manera convincente por qué en la primera década del siglo la participación política popular adoptó privilegiadamente una vía, la que marcaba el anarquismo.

4. Ciudadanía e integración: crisol de razas versus pluralismo cultural

La cuestión de los inmigrantes y la política ha encontrado también un espacio de discusión en los trabajos dedicados al análisis del proceso de integración de la población extranjera a la sociedad local. Tanto en la perspectiva ya clásica de la Argentina como "crisol de razas", como en la más reciente que se inscribe en la línea del "pluralismo cultural", se enfatiza la falta de participación de los inmigrantes en la política local, uno de cuyos síntomas claros se encuentra en la baja tasa de naturalización que exhibe la población extranjera. Pero mientras en el primer caso se retoma la tesis —ya mencionada más arriba— que postula que los inmigrantes

²¹ Para una versión revisada de esta postura ver José Panettieri (1967) e Hiroshi Matsushita (1983).

²² Ricardo Falcón (1987).

no se habrían inclinado por la nacionalización porque tenían muy poco que ganar con ello, en tanto se encontraban en un rápido camino de integración económica y social y en la búsqueda del éxito material, en el segundo se sostiene la hipótesis de que la fuerte adhesión de los inmigrantes a su origen étnico habría contribuido al rechazo a la naturalización y al mantenimiento de una actitud de prescindencia con respecto a la vida política local.

Esta última hipótesis aparece incluida en varios trabajos recientes dedicados al estudio de la inmigración italiana en nuestro país.²³ Poniendo el acento sobre la conservación de la identidad étnica de los italianos en la Argentina, en general estos trabajos exploran aspectos de la realidad del siglo XIX y comienzos del XX que se vinculan más con la preservación de las solidaridades nacionales que con su disolución. Así, por ejemplo, se ha puesto en el centro de la discusión un tema que aunque adelantado por Germani, no mereció luego demasiada atención por parte de los estudiosos, el de las asociaciones de ayuda mutua organizadas según bases nacionales. Consideradas en estudios anteriores como instituciones mediadoras entre la sociedad nacional y los grupos inmigrantes, que habrían facilitado la integración, estas asociaciones son vistas por autores como Baily y Devoto bajo una luz del todo diferente. Para ellos, estas instituciones habrían operado más bien como barreras a la asimilación cultural y étnica de los extranjeros, contribuyendo a la conservación de sus identidades y de sus lazos de solidaridad de origen. Junto con esta discusión, va adquiriendo visibilidad un problema que también ya fuera tratado por Germani: el de la significación de la llamada "colonia" italiana (y más en general el de las colectividades y comunidades inmigrantes).²⁴

El énfasis puesto en las instituciones organizadas por italianos para italianos, estos trabajos descubren y analizan los problemas planteados en el interior de esos grupos, en los cuales se pretende desarrollar y luego preservar el sentimiento de "italianidad". En su mayoría, ellos se inspiran en un estudio muy agudo realizado hace más de veinte años por Grazia Dore, sobre la formación de una elite italiana en Buenos Aires a partir de 1850.²⁵ Ella postuló la consolidación de un sector ideológicamente mazziniano que habría procurado concitar la adhesión de la masa de inmigrantes, organizando asociaciones, publicando periódicos, y asumiendo la representación de la italianidad cuando aún no existía un estado italiano unificado. En sus relaciones con la sociedad argentina, esta elite habría desarrollado buenos vínculos con las elites locales, pero en materia política habría predicado la prescindencia, haciendo de la apoliticidad una de las banderas de su liderazgo. Con la llegada de la gran inmigración a partir de la década de 1870, habría comenzado también la lenta decadencia de ese liderazgo, poco adecuado a las necesidades y aspiraciones de los que por entonces llegaban a Río de la Plata.

Como vemos, la preocupación por el tema de los inmigrantes y la política atraviesa parte importante de la literatura sobre sociedad y sistema político en la Argentina,

²³ F. Devoto (1984). (1986); S. Baily (1983).

²⁴ Otro enfoque sobre la vinculación entre el asociacionismo y la política en Ema Cibotti (1987), (1988).

²⁵ Grazia Dore (1964).

así como de aquella que atiende más específicamente a la historia de la inmigración. Desde ambas perspectivas en general se sostiene la hipótesis de la prescindencia de los extranjeros en materia política, por lo menos hasta el surgimiento de los "movimientos de protesta" de fines de siglo, en que la forma que adopta esa participación se explica también a partir de la marginación anterior.

En los dos casos cuando se habla de participación se entiende que se trata del sistema político formal: los inmigrantes estaban excluidos de la categoría de ciudadanos (la ley no les permitía votar sin previa nacionalización, y está comprobado que ese paso lo dieron muy pocos). Para quienes estudian el sistema político argentino, lo que importa es hasta qué punto esa realidad pasada afectó el desarrollo del proceso de modernización, desviándolo del camino tomado como modelo. Por lo tanto, más que explorar las formas que efectivamente adoptó la relación entre sociedad civil y sistema político en el pasado, se enfatiza cómo esas formas diferían de lo esperado y estuvieron en el origen de muchos de los problemas detectados en el presente.

Por su parte, para quienes se dedican a la inmigración, desde la óptica de la Argentina "crisol de razas" se trata de subrayar la paradoja integración económica-marginación política y de señalar sus consecuencias en términos sociales. Desde la perspectiva del pluralismo cultural, en cambio, se busca mostrar el aislamiento político como una de las dimensiones que habría contribuido a consolidar los vínculos internos de la comunidad inmigrante, desarrollados a partir de solidaridades étnicas y culturales de origen, pero alimentados a través de una dinámica de diferenciación en la sociedad receptora criolla. En estos dos casos, pero sobre todo en el segundo, al tomar como objeto de análisis a los inmigrantes italianos se procede a desgajar para su estudio a los extranjeros de ese origen, presuponiendo una sociedad con una dinámica independiente, previa tal vez, a la cual no quieren o no pueden integrarse.

Como consecuencia de los objetivos que guían a todos estos trabajos, al descartarse la participación (entendida como ciudadanía) se postula la marginalidad, es decir la no relación entre inmigrantes y sistema político. Queda pues, sistemáticamente de lado la pregunta acerca de la existencia de *otras formas* posibles de relación, pregunta que orienta en cambio las páginas que siguen.²⁶

Sociedad civil y sistema político en Buenos Aires

En una sociedad que desde muy temprano estuvo abrumadoramente compuesta por extranjeros, y que por eso mismo no puede concebirse sino en su compleja

²⁶ Una excepción temprana a esta tendencia ha sido el excelente trabajo de E. Gallo (1977) que cuestiona la hipótesis mismas de la no participación de los inmigrantes en política. También resultan muy agudas las observaciones de Halperin Donghi referidas a esta temática y que aparecen incluidas en varios de sus trabajos (ver en particular 1976; 1983; 1985). En otros trabajos más recientes se analiza particularmente el fenómeno de la participación política de los extranjeros y de los italianos, en especial en la vida de los municipios urbanos, ver Graciela Malgesini y Norberto Alvarez (1983), Carina Silberstein (1988), Eduardo Míguez (1988).

integración, la cuestión de los inmigrantes y la política debe verse como un aspecto del problema más general de las relaciones entre una sociedad civil en rápida transformación y un sistema político que sufre profundos cambios entre 1850 y 1930. Por lo tanto, es con esta óptica que iniciaremos nuestra indagación, refiriéndonos en primer término a esa dimensión global, para luego explorar el tema de los inmigrantes y, en particular, el de la colectividad italiana y sus formas de relación con la vida política local.

Ello nos obliga, en primer lugar, a precisar nuestra ubicación en el tiempo, distinguiendo etapas en el proceso de transformación que experimenta el orden político argentino: aquellos treinta años que Halperín llama de discordia y que son los del nacimiento, expansión y caída del Partido Liberal y de conformación de una alternativa que llevará a una segunda etapa, la del Régimen, la de la formación de una nueva clase política y de consolidación de un orden oligárquico dentro del cual, sin embargo, se gesta su propia decadencia, acelerada hacia la segunda década del nuevo siglo con el dictado y la aplicación de la Ley Sáenz Peña.²⁷ Estas etapas representan momentos distintos en la relación entre sociedad civil y sistema político, y por ello, más que resaltar las continuidades que ofrece el período en términos de inmigrantes y participación política, como ha sido frecuente, preferiríamos señalar las diferencias. Por ello aquí sólo nos referiremos al primer período mencionado, centrándonos en ese polo de poder que fue entonces la ciudad de Buenos Aires.

Los treinta años que van desde la caída de Rosas hasta la asunción de Roca a la presidencia fueron testigos de cambios profundos en la sociedad porteña. Crecimiento económico, expansión territorial, aumento de la población; en todos los campos las cifras no reconocen precedentes. Miles y miles de inmigrantes llegaron a una ciudad que los incorporó en todas las capas sociales, ellas mismas en redefinición, sus límites variables, difusos y permeables. Ya para 1869 la ciudad contaba con 88.000 extranjeros, que representaban casi un 50% de su población distribuidos en todas las clases y en todas las actividades. De cada diez habitantes que trabajaban, siete eran inmigrantes.

Los sectores populares se expandían, conformando una masa heterogénea de gentes de distintos orígenes, tradiciones y culturas, con condiciones materiales de existencia muy diversas, con historias laborales diferentes... Crecían también los sectores medios en una ciudad que ofrecía cada vez más lugar para los comerciantes, empleados, profesionales, pequeños patrones. Todos ellos, como trabajadores, compartían la esperanza del ascenso, la vista puesta en los escalones de una carrera posible, pero conocedores también de las caídas y los fracasos, de los frecuentes retrocesos. Las clases altas, ampliadas y parcialmente renovadas, se enriquecían como nunca, firmemente asentadas sobre actividades productivas, financieras y mercantiles, en conexión con la exportación.

En esos escalones más altos, la elite económica dejaba la política en otras manos mientras que ésta tampoco parecía preocuparle a los sectores populares.²⁸ Ricardo Falcón cita una carta de 1873 de Wilmart a Marx en la que, refiriéndose a

²⁷ T. Halperín Donghi (1980).

²⁸ E. Daireaux (1888), t.1, p. 361.

las posibilidades de expandir las actividades de la Internacional en la Argentina, decepcionado le dice: "hay demasiadas posibilidades de hacerse pequeño patrón y de explotar a los obreros recién desembarcados como para que se piense en actuar de alguna manera".²⁹

¿Era, pues, que la historia estaba dando la razón a Alberdi, que la virtud se alejaba del interés, que los habitantes desdeñaban el rol de ciudadanos? La imagen nos parece del todo incompleta. Tanto si observamos la dinámica de la política porteña como si atendemos a las relaciones entre sociedad civil y sistema de poder, veremos que la participación en la escena política se desarrollaba a través de diferentes vías, entre las cuales el ejercicio de la ciudadanía todavía no ocupaba el lugar privilegiado que más tarde habría de alcanzar.³⁰

Teóricamente, en el ejercicio del sufragio (en el acto de elegir representantes o de ser elegido para representar) se condensaba la esencia del sistema político establecido por la Constitución. Pero en verdad, el sistema político funcionaba con reglas de juego en las que el tema de la representación y la ciudadanía tenían un rol más bien secundario. Las elecciones cumplían un papel importante como mecanismo establecido y aceptado para la renovación de autoridades, que debía garantizar la sucesión pacífica en los distintos niveles de los poderes ejecutivo y legislativo, dentro del universo reducido de la clase política. En los hechos manipulables y manipuladas, las elecciones daban lugar a cuestionamientos —en ocasiones violentos— que en general provenían del seno mismo de esa clase, de sus sectores desplazados en cada ocasión, y que apuntaban a denunciar el fraude que, aunque se cometía de manera sistemática, siempre era descubierto por las partes perdedoras.

Como tema de debate público, la sucesión presidencial, la renovación de la Cámara de Diputados, o las elecciones municipales no solo ocupaban un espacio privilegiado en la prensa porteña, sino también preocupaban a la prensa étnica local, que definía en general en forma muy explícita sus adhesiones o rechazos. De la misma manera, el fraude o los conatos de violencia pre y poselectoral aparecían tratados en esa prensa de manera crítica, y con una actitud que se proclamaba imparcial pero que traslucía siempre posiciones a favor y en contra de los bandos en pugna.

Pero estas discusiones de elecciones y de fraudes en general no incorporaban el problema de la representación y de la ciudadanía. En efecto, si bien cada elección en teoría significaba la designación de representantes por parte de los ciudadanos, en realidad se trataba de un momento en el cual las facciones políticas ponían en juego sus clientelas —más o menos ampliadas según las circunstancias— pero que siempre resultaban en una proporción muy menor de las potenciales votantes. Este problema de la limitación efectiva de la ciudadanía no aparece sin embargo *tematizado* en el debate público hasta bien entrada la década del ochenta. No es que

²⁹ R. Falcón (1984), p. 44.

³⁰ Para un análisis muy sugerente sobre el tema de la ciudadanía y la participación política en Río de Janeiro a fines del siglo XIX ver José Murilo de Carvalho (1987).

la baja participación electoral no despertaba críticas en los contemporáneos,³¹ pero la preocupación sistemática por la cuestión de la ciudadanía no ocupaba todavía un lugar central en ese debate.

En general, se ha explicado esta situación postulando una sociedad civil despreocupada por la política, o marginada de su ejercicio por quienes monopolizaban el poder y pretendían conservarlo manteniendo un sistema político restrictivo. Esta imagen se apoya más en la observación de los propósitos y proyectos de quienes efectivamente pretendieron construir un tal sistema, que en el análisis de cómo se vinculaban los distintos sectores de la sociedad con la política. En ese sentido, es difícil sostener la hipótesis de la indiferencia: fue precisamente a partir del momento en que se consolidó un régimen restrictivo eficaz (después de 1880) que se inició el debate sobre el tema de la ciudadanía y se formularon cuestionamientos a la limitación del sufragio.

En cuanto al turbulento período que precedió al 80, en el escenario de Buenos Aires la ciudadanía no aparecía como *una cuestión*, probablemente porque la participación política no se concebía sólo en esos términos. De hecho, en una ciudad que todavía mantenía muchos rasgos parroquiales desde distintos sectores de la sociedad se desplegaban otros mecanismos para incidir en el plano político, se practicaban otras formas de participación que revestían dimensión política. Junto al camino formal de la participación individual a través del ejercicio del sufragio, restringido de hecho, se abrían vías informales transitadas con familiaridad por sectores diversos, dando una densidad a la vida política porteña que no puede percibirse si solo se atiende a los mecanismos constitucionales de la representación.

En este sentido, tal vez lo distintivo de esta etapa haya sido la definición de un espacio público ampliado, que operaba como escenario de actuación para quienes desde la sociedad deseaban incidir sobre las esferas de poder, y a la vez como un ámbito de legitimación para aquellos que ocupaban, o pretendían ocupar, algún lugar en ellas. Como vemos, era habitual la intervención de grupos y sectores diversos en la escena pública para expresar opinión o presionar por sus intereses, de manera directa, sin mediaciones políticas, pero traduciendo reclamos y posturas particulares en términos del juego político local. A su vez, desde el poder se atendía a las señales que provenían de este espacio público, y tanto personajes centrales como figuras secundarias del mundo político, buscaban tener presencia en ese espacio.

De esta manera, la intervención en la escena pública cobraba con frecuencia —aunque no siempre— dimensión política, y se convirtió en una de las formas típicas de participación de este período. No fue por cierto la única, pero constituyó un dato nuevo frente a los mecanismos más tradicionales de relación entre los sectores de poder y grupos más amplios de la sociedad. A la vez, tuvo por entonces mayor centralidad que la vía formal de la representación ciudadana prevista por la

³¹ Por ejemplo, en coyunturas electorales, la prensa étnica incluye con frecuencia reflexiones acerca de la escasa participación de votantes argentinos en los comicios, junto con críticas más generales al funcionamiento del sistema político local.

Constitución, que sólo más tarde adquiriría un lugar clave en la vida política nacional.

Desde esta óptica, el tema de la ciudadanía pierde relevancia para el estudio de esos años, y pierde sentido también plantearse el problema de la participación política de los inmigrantes desde la perspectiva de la nacionalización y del ejercicio de la ciudadanía. En las páginas que siguen ensayaremos una aproximación diferente a este problema, explorando las formas que efectivamente adoptó la participación de la colectividad italiana de Buenos Aires en la escena política porteña en las décadas de 1860 y 1870.

Italianos y política, 1860-1880

1. La colectividad italiana en Buenos Aires

Los italianos y la "colonia"

Como es sabido, la presencia de los italianos en Buenos Aires pronto fue abrumadora. El censo de 1869 da las cifras: 24% de los habitantes de la ciudad eran italianos, proporción que subía al 34% si se consideraba la población activa. Desde muy temprano estuvieron distribuidos en todas las clases sociales y todas las ocupaciones, aunque algunas actividades eran casi de su monopolio. Mirando las cifras censales es difícil aceptar las versiones que hablan de una comunidad italiana predominantemente mercantil para toda esta etapa, que habría comenzado a transformarse bruscamente después del 80 con la incorporación de inmigrantes menos calificados.³² Ya en 1869 más del 50% de los jornaleros de la ciudad eran italianos, por lo que no debe sorprendernos que en 1870 la prensa clerical señalara indignada que "... la industria que nos traen (los italianos-NA) cuando no son bandidos, es tocar el organillo, limpiar botas, vender fruta, etc., etc."³³

La heterogeneidad social entre los italianos de Buenos Aires hace difícil considerar a éstos como sector. Más aún, habían ido llegando en momentos diferentes y desde distintos lugares, a punto tal que resulta por lo menos forzado incluirlos a todos en la amplia e imprecisa categoría de italianos. Sin embargo, desde temprano se fue constituyendo una *colectividad italiana* en Buenos Aires, que —aunque de límites cambiantes y difusos— se identificaba como tal y aspiraba a reunir y representar a los italianos residentes y a los que año a año iban llegando a la ciudad. Este proceso estuvo indisolublemente ligado al de la conformación de una elite política italiana en Buenos Aires.

Fue Grazia Dore quien primero analizó el desarrollo de esa elite que luego de la caída de Rosas y hasta fines de la década del 70 se habría apoyado en el ideario mazziniano para llevar a cabo una tarea institucional de fundación de asociaciones

³² H. Sábato, J.C. Koroj y R. González (1981).

³³ *Los Intereses Argentinos 18-2-1870*.

y periódicos que le permitieron ejercer influencia sobre parte importante de la masa de italianos inmigrantes. Este proyecto de construcción de un liderazgo de amplia base social presuponía una operación anterior: representar al multiforme conglomerado de italianos residentes como un sujeto homogéneo y singular, pasible de dirección y control político y social. El instrumento principal de esta elite en formación fueron las asociaciones de ayuda mutua, que muy pronto lograron nuclear a un gran número de italianos residentes de diversos orígenes regionales, estratos sociales, tradiciones culturales, aglutinando a un conjunto que corría el peligro de "... dispersarse en el Plata como un río en el océano".³⁴

La asimilización institucional de una parte no desdeñable de los recién llegados permitió a la elite confirmar su hipótesis de uniformidad, pues ese colectivo plural y heterogéneo de quienes se asociaban a las instituciones, muy pronto quedó definido como sujeto unitario: la masa social. Esa imagen devolvía a la elite la propia de un liderazgo sobre el conjunto de los inmigrantes, conjunto concebido como unitario y articulado en torno de las asociaciones.³⁵

Esta concepción que convierte a los inmigrantes en una "colonia" organizada es una de las visiones recurrentes en muchas interpretaciones sobre la vida de los italianos en el Plata, e ignora la presencia de inmigrantes ubicados en otros sectores, hacia arriba y hacia abajo del espectro atraído hacia las instituciones, por fuera de su área de influencia. No compartimos esta visión: al hablar de la colectividad o de "colonia" estaremos efectuando un recorte para referirnos no a los italianos en general, sino a las instituciones y a sus dirigencias, las que actuaron en nombre de esa inmigración y aspiraron a representarla.

Creación de instituciones y formación de una elite "colonial"³⁶

Desde mediados de la década del 50, y como expresión del marcado clima asociativo que vivía Buenos Aires, surgieron las primeras asociaciones de ayuda mutua por nacionalidad. En este contexto, en 1858 nació Unione e Benevolenza, decana de las asociaciones mutuales de origen italiano, cuyo rápido crecimiento habla de su importante presencia entre los italianos residentes en el Plata.

Los primeros años de vida institucional de Unione e Benevolenza marcaron las tendencias con las que se desarrolló el mutualismo italiano en Buenos Aires. La Sociedad nació con una impronta republicana y mazziniana, y su primer grupo dirigente controlado por militantes de esa tendencia promovió actos públicos en defensa de los ideales republicanos, y de la unidad política de Italia. Este tipo de manifestaciones se inscribía en una estrategia de acción más global que sostenía una concepción del mutualismo unida a la política, y una definición de la asociación como la expresión viva, institucionalizada, de la nación italiana aun no constituida. Esta visión cuestionaba de hecho la legitimidad del representante de la dinastía de

³⁴ Esta expresión aparece citada entre otros en G. Dore (1964) y es de Martignetti (1898).

³⁵ Sobre este tema ver Ema Cibotti (1988).

³⁶ Este punto resume los argumentos principales de los trabajos de Ema Cibotti (1987; 1988). La información citada puede cotejarse a partir de las notas incluidas en sus trabajos.

Saboya en el Plata; por ello, los mazzinianos encontraron en el Consulado su primer y más tenaz enemigo.

La primera victoria consular sobre los militantes republicanos sobrevino con la escisión societaria de 1861, cuando un grupo de socios fundó una asociación de tendencia monárquica, "La Nazionale Italiana", promoviendo con ello una nueva versión ideológica del mutualismo político. La segunda división en *Unione e Benevolenza* tuvo connotaciones diferentes, pues la militancia mazziniana apareció cuestionada ya en sus propias bases. En Italia, tras la primera unidad política lograda en 1861 en torno a la dinastía de Saboya, los republicanos comenzaron a dividirse entre moderados, proclives a un acercamiento con el Rey y quienes, siguiendo a Mazzini, persistían en su política de confrontación con la monarquía. En el seno de *Unione e Benevolenza* se evidenció pronto la existencia de estas dos opciones. Así, en 1864, cuando los dirigentes mazzinianos intentaron transformar la entidad en una sociedad explícitamente republicana, se encontraron con una resistencia inesperada. Un grupo de socios —republicanos moderados— apoyado por el Consulado, logró imponer una nueva tendencia en el desarrollo societario, erradicando toda actividad política de la práctica institucional e inaugurando la línea del mutualismo apolítico. El grupo mazziniano se retiró de la asociación y se nucleó en la Sociedad Republicana degli Operai Italiani, desde la cual desarrolló su acción militante en el seno de la colonia.

Con la irrupción del mutualismo apolítico se inició una nueva etapa en la vida institucional de la colectividad. En principio, los grupos dirigentes abandonaron explícitamente el combate ideológico para abocarse concertadamente a regir los destinos de la comunidad. El camino de la convivencia tuvo variadas manifestaciones, desde invitaciones mutuas para compartir los festejos sociales hasta la formación de un Comitato Italiano, en el que estaban representados los grupos dirigentes de las tres sociedades existentes para juntar fondos en ayuda a la guerra italiana por la liberación de Venecia (1866).³⁷

Esta línea del mutualismo apolítico se consolidó finalmente gracias a la emergencia de nuevos espacios y canales de participación que permitían discriminar lo político de lo mutuo. En ese sentido, desde fines de 1860, la aparición de la prensa italiana cumplió un papel vital en la construcción de un espacio de acción política desarrollado fuera del ámbito asociativo. Desde la prensa emergió un nuevo escenario, recreado en las columnas de los diarios, desde el cual se convocaba a los miembros de la colectividad a la defensa de determinados intereses, proyectos o ideales. La actividad de las asociaciones italianas quedó mediada en un doble sentido. Primero, porque las instituciones lograron publicitar sus actos, y segundo, porque los diarios podían interpretar eventualmente las aspiraciones políticas de los socios, trasladando el debate a nuevos ámbitos, resguardando de esta manera la cohesión interna de cada grupo dirigente social.

La multiplicación de espacios para dirimir conflictos, a la vez que la creación de nuevas asociaciones (once en total hacia fines del 70), modificó la función del

³⁷ Este tipo de manifestaciones aparecen mencionadas en varios trabajos sobre la vida de los italianos en el Plata. Entre otros ver G. Parisi (1895).

Consulado en el escenario de la colectividad. En efecto, la política de convivencia practicada por los grupos institucionales y apoyada por la prensa fructificó, posibilitando que los dirigentes se reconociesen progresivamente como miembros de una elite de base mutua con la que el Consulado debía compartir el liderazgo colonial. El perfil de esta elite no era homogéneo, en su seno pervivían grupos ideológicos y políticos y por supuesto facciones opuestas. Sin embargo, hasta mediados de la década del 80, la interrupción de la lucha ideológica permitió que, tanto monárquicos como republicanos, bregaran por el control de las asociaciones y de la prensa para erigirse como representantes de toda la colectividad residente y autoproclamarse como elite "colonial".³⁸

2. Elite "colonial" y elite local

En la construcción del espacio institucional para la asistencia de los italianos en la Argentina, así como en la pugna por ganar el liderazgo de la colectividad, los grupos que integraban su elite política desarrollaron formas de vinculación con las elites locales a la vez que ensayaron diversas maneras de actuar en la escena pública porteña. Con estilos diferentes, las facciones de esa dirigencia establecieron complejas relaciones con distintos sectores del poder político local, vínculos cambiantes, las más de las veces muy sensibles a las coyunturas nacional e internacional.

Afinidades ideológicas fuertes parecieron cimentar las relaciones entre los grupos republicanos mazzinianos y los sectores liberales porteños. Para los emigrados políticos "...Buenos Aires representó en la República Argentina entre 1852 y 1862 lo mismo que simbolizó el Piamonte en Italia entre 1848 y 1861. En Argentina se construía una república orgánica mientras en Italia el Piamonte luchaba por la unidad e independencia de la península".³⁹ Esta singular asociación de procesos políticos había hecho que muchos italianos, siguiendo las huellas de Garibaldi, lucharan desde Montevideo contra la "tiranía" de Rosas. Después de vencer en Caseros, ingresaron a Buenos Aires con los exiliados porteños y apoyaron a su gobierno, en particular en los conflictos armados en los que participó activamente la Legión Italiana, comandada por S. Olivieri.⁴⁰

Esta disposición a la hora de la lucha es la expresión más visible y comprometida de una relación bastante más amplia y compleja. Los esfuerzos desplegados por un grupo de republicanos mazzinianos a fines de los 50 por construir una institución que a la vez que prestara atención a los inmigrantes, los uniera en la desgracia de un exilio forzado por la situación política de la península y en la militancia política por una causa compartida, era vista con simpatía por dirigentes del liberalismo porteño. La actividad de *Unione e Benevolenza* era celebrada en los periódicos

³⁸ Esta idea aparece esbozada en Ema Cibotti (1988) y es parte de una investigación en curso sobre la constitución de una elite "colonial" de base asociativa que se configura en el periodo 1860-1870, y que opera cohesionada hasta mediados de la década del 80, momento a partir del cual se reaviva el conflicto ideológico entre mazzinianos y monárquicos.

³⁹ *Società Italiana di Beneficenza in Buenos Aires* (1923) p. 58.

⁴⁰ Ver, entre otros, Gradenigo (1987).

locales y sus actos públicos concitaban la adhesión y la presencia de personalidades de la primera línea política, como Mitre, o de personajes como Héctor Varela, que si nunca alcanzaron las máximas alturas del poder, se movían en sus márgenes y por ello aparecían entre los influyentes.⁴¹

La unión de Italia bajo el signo de la monarquía complicó las cosas para los italianos republicanos en Buenos Aires. Su prédica implicaba ahora una actitud subversiva con respecto al orden recién logrado y así lo denunciaban los cónsules de la nueva monarquía, que a su vez señalaban con alarma la simpatía que esas actitudes despertaban entre las autoridades locales. Estas, por su parte, muy pronto comenzaron a actuar con mayor cautela. Y si los hermanos Héctor y Mariano Varela en 1861 no dudaron en apoyar a los grupos republicanos en su conflicto con el cónsul y los sectores de la dirigencia que se abrieron para fundar la Nazionale Italiana, Mitre tomaba cierta distancia y como gobernador de Buenos Aires asistió a los homenajes a Garibaldi organizados por una y otra facción.⁴²

Con el paso del tiempo esta cautela no hizo sino incrementarse. Para 1864 el grupo Pezzi, de republicanos mazzinianos à *outrance*, contaba todavía con fervientes partidarios locales, pero éstos eran cada vez más personajes muy marginales al poder porteño.⁴³ Por entonces, Héctor Varela escribía desde París expresando su escepticismo con relación a la política de abierto enfrentamiento al trono emprendida por Mazzini,⁴⁴ y cuando a fines de 1863, el ministro del rey de Italia, Barbolani, inauguró la capilla del Hospital Italiano en Buenos Aires, los Ministros de Guerra y de Relaciones Exteriores del gobierno nacional (presidido por Mitre) en sus discursos terminaron brindando por "... la salud del rey galantuomo, que venciendo grandes obstáculos ha sabido formar en una familia a la gran nación italiana".⁴⁵

Al reconocer la legitimidad de la monarquía en Italia y de su representación en el Plata, el grupo liberal evidenciaba su necesidad de ajustar los principios a la realidad que imponía el ejercicio del poder y en consecuencia, ampliaba el espectro de sus alianzas con los italianos. Aun cuando la afinidad ideológica con los mazzinianos se mantuvo, ésta ya no se traducía necesariamente en el plano de la acción concreta. Por su parte, los cambios que por entonces tuvieron lugar en el interior de la elite dirigente italiana con el desplazamiento de esos sectores más radicales, facilitaron la consolidación del vínculo de los grupos liberales porteños con los republicanos moderados, y el establecimiento de relaciones menos conflictivas con el consulado y los sectores monárquicos.

En la década del 70, la aparición de la prensa italiana en el escenario local pluralizó y diversificó aún más las vinculaciones entre la elite política local y los italianos. Por su parte, esta elite también estaba cambiando, rebasando los límites del partido liberal porteño. Y si en la revolución del 74 Mitre contó con el continuado apoyo de una buena parte de la colectividad bajo influjo republicano, muy pronto

41 Ema Cibotti (1988), pp. 254-255.

42 *La Tribuna*, 22-7- 1860; E. Zuccharini (1910), p. 411.

43 Ema Cibotti (1988) p. 259.

44 *Ibid.* La carta de Héctor Varela aparece en *La Tribuna*, 16- 11-1862 bajo el título "Cartas del amigo ausente".

45 *La Tribuna*, 31-12-1863.

Avellaneda —considerado como aliado de la curia— inició un acercamiento sistemático a los italianos a través del Consulado.⁴⁶

Hacia el 80, la situación se torna aún más compleja. La definición de una nueva clase política nacional instalada firmemente en el poder a partir de esos años, resultó en un desplazamiento de la élite porteña con que los dirigentes italianos habían anudado vínculos y acuerdos, así como de los estilos políticos con que ambos grupos habían funcionado. Los italianos ensayaron entonces con los nuevos hombres y, en los apoyos y adhesiones de la colectividad, a los nombres de Mitre y Varela se sumaron los de Tejedor, Bernardo de Irigoyen, más tarde Roca. Pero estas muestras no necesariamente despertaban entre los favorecidos el eco esperado, y más de una vez la dirigencia italiana parecía sumirse en el desconcierto. Basta leer las crónicas de su reacción frente a los sucesos del 80 para percibir hasta qué punto ya no les resultaba claro donde residía la causa justa. En un principio, los distintos sectores de esa dirigencia (expresados a través de la prensa) buscaron alinearse según sus viejas convicciones ideológicas y sus tradicionales alianzas políticas, pero muy pronto hubieron de comprobar que los actores ya no respondían a los roles e identidades esperados. Se observa así a los diarios italianos transitando complicados caminos para definir y redefinir posiciones ante los acontecimientos, intentando adaptarse a nuevas reglas de juego que obviamente no dominaban.⁴⁷

Estos desplazamientos fueron favoreciendo a la causa monárquica dentro de la colectividad, en tanto el pragmatismo de una renovada dirigencia italiana dispuesta cada vez más a aceptar la situación de la Península, encontraba un clima propicio para desarrollarse en una Buenos Aires en la que ya nadie se escandalizaba al oír hablar de las bondades de la monarquía. Para los republicanos mazzinianos esta indiferencia era incomprensible y *L'Amico del Popolo*⁴⁸ recriminaba a Dardo Rocha, por entonces de visita en Italia, su afirmación reproducida en *La Patria Italiana* de que la miseria en Italia no existía. En su columna de "Noticias varias" el periódico aseveraba que probablemente la corrupción de las cortes europeas había alcanzado la virtud republicana de Rocha.

3. La intervención en la escena pública

Más allá de este delicado juego de relaciones entre las élites, la colectividad italiana tuvo en esta etapa una presencia permanente en la escena pública y política porteña. Su dirigencia mostró una enorme habilidad para desarrollar instrumentos y cultivar influencias que le permitieron intervenir una y otra vez en ese terreno. Una de sus principales herramientas fue la prensa escrita, pero también buscaron otros mecanismos de acción y se desarrolló toda una cultura de la movilización, que se tradujo en la organización de la comunidad para la preparación de petitorios, la realización

⁴⁶ Depto. de Sociología y Cátedra de Historia Social, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, Boletín Nº 1: "Investigación sobre el impacto de la inmigración masiva en el Río de la Plata", Bs.As., 1961, p. 20.

⁴⁷ Ver Beatriz Guaragna y Norma Trinchitella (1984).

⁴⁸ *L'Amico del Popolo*, 3-11- 1889.

de mitines y manifestaciones, la participación en actos y otras expresiones de voluntad colectiva.

La prensa escrita

En Buenos Aires, la prensa escrita mostraba una vitalidad sin precedentes en la etapa que comenzó después de Caseros y se tradujo en una proliferación creciente de publicaciones periódicas cuyo número alcanzó las varias decenas por los años 70. De vida efímera las más de ellas, no es fácil dilucidar los motivos que llevaron a sus editores a realizar el esfuerzo de publicación y venta, ni detectar las características de sus potenciales lectores. Hubo, sin embargo, diarios de larga y continuada presencia, y es claro que esa prensa se constituyó en un instrumento insoslayable para quienes aspiraran a tener alguna influencia en la vida política local. Los dirigentes políticos porteños tenían prensa propia e incondicional —o ajena pero adicta— o, en el peor de los casos, cultivaban cuidadosamente su relación con uno o más periódicos de Buenos Aires. Los diarios, por su parte, en general necesitaban de sus padrinos políticos para sobrevivir financieramente y, por lo tanto, no desdeñaban una relación que podía ser cambiante, pero siempre era estrecha con el mundo de los políticos. Halperin Donghi ha analizado cuáles eran las características de esa prensa que se embanderaba facciosamente en el terreno político, pero que a su vez desplegaba otras estrategias en el análisis y tratamiento de temas que, al alejarse de los intereses partidarios inmediatos, permitían mayor autonomía al periodismo.⁴⁹

Pero, ¿a quién se dirigían estos diarios de Buenos Aires? Una creciente ampliación del espacio de debate público parece haber sido una característica del Buenos Aires posterior a Caseros, y si bien es difícil saber cuáles fueron sus alcances y sus límites, es obvio que incorporó a sectores que no circulaban por los ambientes estrechos —aunque no clausurados— de las élites políticas e intelectuales locales. Surgimiento lento pero sostenido de una opinión pública que sería modelada, a la vez que cortejada, por la prensa escrita.

Tener un diario se convertía pues en una necesidad ya no sólo para los dirigentes —o aspirantes a dirigentes— políticos, sino para cualquier grupo que quisiera tener una presencia pública, presionar por sus intereses, defender sus posiciones... Las dirigencias de las comunidades inmigrantes fueron rápidas en percibir esta realidad y se lanzaron a fundar sus propios periódicos, no sólo para representar los intereses de sus connacionales, sino también para defender o consolidar su posición relativa en la lucha que las élites inmigrantes libraron por el control interno de sus respectivas colectividades.

Entre los italianos, el primer periódico que alcanzó continuidad se fundó recién en 1868 y fue de tendencia republicana mazziniana. El cónsul veía con enorme

⁴⁹ T. Halperin Donghi (1985).

preocupación este hecho y auspició la creación del monárquico *El Eco d'Italia*, pues "en un país de absoluta publicidad" la prensa tiene una influencia incontestable.⁵⁰

Pero ya antes de la creación de estos medios, los grupos dirigentes de la colectividad tenían acceso directo a varios periódicos argentinos. Redactores de origen italiano y de importante inserción en la comunidad escribían en forma regular en diarios de la importancia de *La Tribuna*, pero además, tanto ese medio como *La Nación*, *La República*, *El Río de la Plata*, entre otros, daban espacio a la información de la colectividad y muchas veces publicaban artículos en los que se tomaba partido en los conflictos internos o externos librados por las facciones de su dirigencia.⁵¹

Con la creación de *La Nazione Italiana* en 1868 se inició el periodismo de la colectividad, que tuvo múltiples manifestaciones en las décadas siguientes. Para fines de los años 70, se destacaban *L'Operaio Italiano*, fundado en 1872 por Rigoni Stern, inicialmente republicano y luego de tendencia monárquica moderada; *L'Amico del Popolo*, creado en 1879 por Cayetano Pezzi, republicano serviente; y *La Patria*, editado por Basilio Cittadini y que comenzó como periódico republicano en 1876 para luego volcar sus simpatías hacia la monarquía.⁵²

La prensa italiana parece funcionar de manera semejante a la argentina. Por un lado, servía para expresar los intereses de los diferentes sectores de la elite de la colectividad, creando un espacio de debate ampliado para sus disputas. Por otra parte, les permitía lidiar pertrechados y con voz propia en las luchas políticas de la sociedad local. "Nosotros tenemos nuestras simpatías políticas y si se quiere también nuestras simpatías electorales...", decía en 1879 Basilio Cittadini,⁵³ y hasta recorrer las hojas de los diarios italianos para encontrar una y otra vez opiniones fuertes acerca de los diversos temas que en distintos momentos agitaron la escena política local.⁵⁴ Leyéndolas se percibe hasta qué punto la prensa escrita definía un espacio virtual de debate y confrontación política, creando un escenario ampliado en el cual actores menores en el juego real del poder (desde simples redactores de diarios hasta sujetos colectivos como las asociaciones), compartían el protagonismo con las primeras figuras de los elencos dirigentes del Buenos Aires de entonces, y donde los sucesos adquirían una dimensión propia dada por la dinámica periodística.

⁵⁰ Informe Consular, Ministero degli Affari Esteri, Roma, Serie Política N° 91. Carta de C. Della Croce Ministro Plenipotenciario de Su Majestad el Rey de Italia en Buenos Aires al Ministro de Relaciones Exteriores, 14-7- 1870.

⁵¹ Ver. T. Halperin Donghi (1985) y Ema Cibotti (1988).

⁵² La referencia sobre la mutación ideológica de B. Cittadini aparece en G. Parisi, (1907) p. 380. Los republicanos mazzinianos nunca perdonaron a Cittadini su nueva inclinación monárquica y desde las páginas de *L'Amico del Popolo* lo acusaron de oportunista, "camaleonte", etcétera.

⁵³ *La Patria*, 22-8-1879.

⁵⁴ Un par de ejemplos: *La Nazione Italiana* bajo el título "Le Elezioni di Marzo", 13-1-1870, se refería a los avatares de la política local, e instaba al pueblo a que fuese a votar y participara ampliamente en el acto electoral. *La Patria*, 20-8-1879, expresaba que la política electoral no ofrecía ningún interés para quien vivía extraño a los partidos pues era "un marc magnum de contradicciones y miserias", tras lo cual advertía que la mejor candidatura manejada por un piloto experto y audaz era la de Julio Argentino Roca.

Una cultura de la movilización

Si la prensa escrita fue uno de los principales medios a través de los cuales sectores de la dirigencia de la colectividad italiana intervinieron en la escena pública, no fue por cierto el único. Desde muy temprano en la historia de esa inmigración se organizaron formas de intervención semejantes a las que utilizaban otros sectores de la población, y que sugieren el desarrollo de toda una cultura de la movilización. Una de las maneras más habituales de manifestar opinión, así como de presionar por demandas concretas, era a través de la redacción de declaraciones y petitorios que se circulaban y hacían firmar, para luego culminar la acción colectiva con un mitin o una concentración que podía celebrarse en local cerrado o en la vía pública. Promovidas por dirigentes políticos o sectoriales y muchas veces con el apoyo de instituciones (asociaciones, periódicos), estas expresiones servían a propósitos diversos, y su objetivo era demostrar cuánta adhesión lograba concitar determinada causa entre sectores ampliados de la población urbana. El número se convertía así en un dato importante, y las crónicas subrayan siempre las cifras estimadas de concurrencia a actos, mítines, banquetes, concentraciones y marchas.

Entre los italianos, banquetes y ceremonias públicas eran de rigor en las celebraciones de los diversos acontecimientos que iban marcando (o habían marcado) la lucha por la unidad de Italia, y desde muy temprano estos festejos eran ocasión para la puesta en escena de los conflictos entre facciones de la elite y de sus relaciones con los sectores políticos locales. Cómo y desde dónde se organizaban, bajo qué símbolos, con qué discursos, eran datos cruciales a la hora de los balances, en los que además se consignaba siempre la cifra de asistentes y los nombres de los políticos porteños que habían acompañado o adherido al acto. La colectividad muchas veces celebraba de manera semejante los acontecimientos locales, y el cumpleaños de Mitre o el regreso de Héctor Varela de alguno de sus viajes era motivo para reunir a los italianos que en procesión vivaban a sus amigos porteños.⁵⁵

Los mítines públicos también fueron un mecanismo privilegiado para manifestar y los italianos los organizaron con motivos diversos, a la vez que participaron de convocatorias más amplias en las que se sentían incluidos. Las dirigencias de la colectividad contaban con dos mecanismos claves para movilizar a sus bases: las asociaciones, donde se hallaban encuadrados miles de italianos, y los periódicos, que llegaban a un público amplio de potenciales seguidores. A través de esos medios, y también de otros —las vinculaciones personales y clientelísticas sin duda han de haber jugado su parte— los diferentes grupos de la elite política italiana convocaban a sectores más amplios de la "colonia" para expresar su voluntad colectiva bajo la forma de una presencia física lo más masiva que fuera posible.

A la convocatoria seguía la organización y en este aspecto las dirigencias

⁵⁵ Un par de ejemplos: *La Patria*. 19-3-1878. "Dimostrazione" manifestaba la expresión de simpatía de la que Mitre había sido objeto con motivo de la inauguración de la estatua de Mazzini. Los italianos, vivándolo lo habían acompañado hasta su casa después del acto. El 4-7-1879. *La Patria* bajo el título "Banchetto", comentaba el festejo del cumpleaños de Héctor Varela, en el que habían participado ciudadanos de todas las nacionalidades, periodistas, representantes del Estado, etc... el diario describía a Varela como "...el hombre más cosmopolita de América del Sur".

mostraron también una notable eficiencia; en general, lograban reunir a la gente, liderarla en su manifestación y luego desconcentrarla más o menos pacíficamente. Un episodio como el incendio del Colegio del Salvador —una concentración que reunió a argentinos e inmigrantes, con el objeto de criticar a la Iglesia y a ciertas figuras políticas y que derivó en una manifestación de protesta social— alarmó tanto a los contemporáneos precisamente porque transgredía lo aceptado y habitual en materia de demostraciones de protesta. Los temores que despertó no eran injustificados: esa flexión hacia lo social que apareció en este caso, fue marcando cada vez más el accionar de los sectores populares a medida que estos comenzaron a perfilar una identidad política propia, que los alejó de las facciones políticas tradicionales y de las dirigencias nacionales, convirtiéndolos en protagonistas de una nueva constelación político ideológica de contenidos clasistas.⁵⁶

La capacidad de organización de la colectividad italiana se puso a prueba en ocasión de acontecimientos dramáticos: cuando se armaron sus hombres para luchar en Pavón, en la Guerra del Paraguay, en la revolución de 1874 y durante la crisis de 1880. Soldados y aventureros italianos habían seguido a Garibaldi al Plata y algunos se quedaron para continuar su lucha y su carrera en estas tierras, en las filas liberales. Más tarde, sin embargo, la participación se extendió y fue la colectividad, a través de sus instituciones, la que propuso la formación de legiones para combatir por Buenos Aires.⁵⁷ En épocas de paz, estos inmigrantes se plegaban a otro tipo de combates, y las epidemias y las inundaciones siempre los encontraron en la organización de comisiones para enfrentar esas calamidades.⁵⁸

Esta voluntad de manifestarse, esta capacidad para organizarse, daban a la colectividad italiana una presencia permanente en la escena pública porteña y favorecían sus vínculos con figuras y sectores de la vida política local. Los siguientes ejemplos pueden ilustrar cómo funcionaban estos mecanismos de intervención, sus alcances y también sus límites.

4. Tres momentos para una historia de la participación pública

Pavón: la lucha por la República

En 1861 Buenos Aires se preparaba para librar batalla contra la Confederación. *La Tribuna* convocaba a los extranjeros a concurrir a su defensa, uniéndose a la Guardia Nacional. Crítico de las disposiciones que eximían a los inmigrantes del servicio de las armas, el diario de los Varela decía: "La prescindencia del extranjero es una quimera y por eso vamos a indicarle lo que le aconsejan sus conveniencias y sus

⁵⁶ Leandro Gutiérrez (s/f).

⁵⁷ Ver Gradenigo (1987).

⁵⁸ Uno de los ejemplos más relevantes es obviamente la organización de los italianos frente a la fiebre amarilla. En las comisiones para combatir la epidemia participaron las figuras más destacadas de la colectividad. Entre los miembros que constituían la Comisión Popular formada el 12-3-1871 se encontraban B. Cittadini y Antonio Gigli, periodistas y socios de *Unione e Benevolenza* y *La Nazionale Italiana* respectivamente. Ver Miguel Angel Scenna (1974).

deberes en la lucha actual. En un país en que la población extranjera muy pronto será mayor (que la nativa)... día más, día menos las cuestiones que surjan de la pretensión de estrangería tienen que ser funestas".⁵⁹

El ejemplo a imitar era el de los italianos. Buenos Aires contaba entonces no sólo con la Legión Militar que estaba estacionada en Bahía Blanca y fue convocada para la ocasión, sino también con un cuerpo nuevo, la Legión Voluntarios de la Libertad, organizada por Pippo Giribone. La primera, heredera de la Legión Italiana de Montevideo, y de la Legión Valiente que participó en la defensa de Buenos Aires en 1853, estaba integrada por combatientes de las huestes de Garibaldi, y otros participantes de las luchas en Italia, que retomaban las armas en la Argentina bajo los mismos símbolos que los habían reunido en su patria. No todos eran soldados, y cuando en 1855 el ex comandante de la Valiente, Silvino Olivieri, fue llamado por Mitre a organizar la Legión Agrícola para colonizar a la vez que defender militarmente el sur de la provincia, entre los cuatrocientos hombres que reclutó había treinta y cuatro agricultores y ciento doce obreros de oficio. De todas maneras, para muchos de ellos el combate era ya un oficio: recibían paga por su labor y eran considerados como miembros del ejército de línea. Su experiencia en ese sentido quedó demostrada cuando, con el nombre de Legión Militar, tomaron parte activa en Pavón, como lo atestiguan las menciones reiteradas a "los italianos de Mitre" en las crónicas de la batalla.⁶⁰

La historia de los Voluntarios de la Libertad es muchísimo más corta, pues fue organizada cuando la guerra era inminente (en agosto del 61) por Giuseppe Giribone, un hombre que había integrado las filas de la Legión Italiana de Montevideo como director de la banda de música, y luego formado en el 2 de Infantería de Línea en el sur de la provincia de Buenos Aires. Dirigida por un profesional, fue sin embargo un cuerpo de voluntarios reclutados entre los italianos de Buenos Aires. La Legión no llegó a pelear en Pavón, pero luego del triunfo porteño fue asignada a Rosario, hasta que fue disuelta en 1862. Entonces, se dispuso la creación en su lugar de un cuerpo profesional, compuesto por extranjeros pero que sería considerado —como lo era la Legión Militar— como "los demás cuerpos de línea del Ejército"⁶¹ Giribone despidió a los integrantes de los Voluntarios concluyendo su discurso con estas palabras elocuentes: "Compañeros, al despedirme de vosotros, lo hago con la persuasión de que, si llegase el momento en que nuestra patria adoptiva fuese de nuevo amenazada, estareis siempre prontos a empuñar un arma para defenderla".⁶²

El cónsul italiano no compartía este entusiasmo por la solidaridad con Buenos Aires. En setiembre del 61, en carta reservada el Ministro de Relaciones Exteriores de su país, denunciaba las actividades antimonárquicas de Unione e Benevolenza y comentaba el apoyo que esa sociedad tenía de las autoridades argentinas, poniendo como ejemplo de esa relación el caso de Giribone y la Legión de Voluntarios. Sobradas pruebas ofrecía el cónsul de "las artes cénicas con que se fatigan (la gente

⁵⁹ *La Tribuna*, 7-9-1861.

⁶⁰ Gradenigo (1987).

⁶¹ *Ibid.*, p. 222.

⁶² *Ibid.*, p. 223.

de Unione e Benevolenza) en hostigar a nuestro Consulado con el consentimiento de este gobierno, que no tiene de gobierno más que el nombre...". En ese contexto refería que "Un tal Pippo Giribone que forma parte de esa Sociedad (UB) está organizando para este gobierno un cuerpo garibaldino (Legión de Voluntarios) y para enrolar individuos recurre a medios inmorales... En su ignorancia ha enrolado jovencitos y sus padres han venido a reclamar ..." Una nota de queja del cónsul al gobierno no sólo no halló respuesta sino que llegó a manos de Giribone, quien "...daba lectura a sus amigos políticos amenazando al consulado...". Complicidad evidente que no dejaba de acarrear "infinitas miserias... a este Real Consulado".⁶³

Lo cierto es que para la dirigencia mazziniana la causa de Buenos Aires era la causa de la libertad y de la república. "Non c'è italiano che non sia convinto que l'Austria si combatte anche alla Rioja!", diría un año más tarde G. Minelli en carta a *La Tribuna*, en ocasión de la colecta realizada entre la colectividad italiana para honrar la memoria "del americano Carlos Mayer", capitán del Ejército víctima de las huestes del Chacho en La Rioja.⁶⁴ Ante la tumba de otro mártir, el italiano Pezzutti Pilonc, muerto en Pavón, el mismo Minelli decía "che il soldato della libertà non è straniero in nessuna nazione...".⁶⁵

He aquí la causa que justifica una activa y militante toma de posición y de partido por parte de una colectividad que se sentía unida por un conjunto de ideales irrenunciables a los sectores liberales porteños. En enero de 1862 los vencedores de Pavón fueron recibidos en Buenos Aires al son de la marcha Triunfo de la Libertad, compuesta por Augusto Mannetti. Para *La Tribuna* "...esto...no es extraño, su autor es italiano y no creemos que haya mañana un sólo corazón italiano que no palpite de placer. También la independencia y la libertad son los ídolos de Italia".⁶⁶

Sin embargo, no eran sólo los principios lo que cimentaba este compromiso. Por una parte, para los combatientes de las legiones, estaban los viejos lazos de asociación militar que los vinculaban con Mitre y su gente, lazos también ellos inicialmente anudados por afinidades ideológicas pero consolidados luego con el ofrecimiento por parte del gobierno de Buenos Aires de un lugar concreto para el desarrollo profesional de muchos de esos hombre en el terreno militar. Por otra, para la dirigencia mazziniana de la colectividad, contaba decisivamente la relación política establecida por esos años con la elite local, que le brindaba su apoyo en los conflictos con el consulado y en sus intentos por consolidar un liderazgo sobre la "colonia" en formación. Nuevamente, esta relación tuvo fundamentos en el plano de la ideología pero se alimentó en el terreno de la política concreta, en cada ocasión en que uno y otro se necesitaban.

Frente a la guerra, comunidad de ideales, lazos militares y compromisos políticos se tradujeron en una participación activa y sustantiva de los italianos organizados como colectividad en torno de su elite republicana en favor de una de las partes: las fuerzas liberales de Buenos Aires.

⁶³ Informe Consular. Ministero degli Affari Esteri. Roma. Carta del Cónsul Della Ville al Ministro de Relaciones Exteriores. 14-9- 1862.

⁶⁴ *La Tribuna*, 12-6-1862.

⁶⁵ *Ibid.*

⁶⁶ *Ibid.*, 16-1-1862.

Una protesta sectorial: mitin contra los impuestos

Hacia fines de 1878 las cámaras de la legislatura provincial aprobaban la sanción de un impuesto a los alcoholes, tabacos y naipes. En un clima caracterizado por la controversia en torno de las medidas económicas y financieras dispuestas por los gobiernos nacional y provincial, los comerciantes de la ciudad habían hecho oír su voz en contra del proyecto durante los debates, y varios diarios fueron voceros de esa opinión. Sancionada la Ley, de inmediato una "asamblea de almaceneros al por menor, confiteros, cafeteros, fonderos y cigarreros" designó una comisión que convocó a una reunión en El Pasatiempo, para preparar un "meeting popular" en repudio a la medida.⁶⁷ Esa reunión se llevó a cabo al día siguiente, con la presencia de "por lo menos cuatro mil personas", según *La Nación*, y allí hablaron entre otros, el presidente de la Comisión, el cigarrero José Ghigliassa, y el diputado Héctor Varela, quien había actuado de hecho como vocero de los comerciantes durante los debates intentando modificar la ley en cuestión.⁶⁸ Finalmente, se decidió elevar un peticionario al ejecutivo para que vetara la disposición, además de realizar un mitin público el día 18.

Apenas terminada la reunión en El Pasatiempo, la Comisión se dirigió al Partido de Las Conchas donde tenía su residencia de verano el Gobernador de la provincia, Don Carlos Tejedor. Este "los recibió afablemente y les contestó, más o menos lo siguiente: 'celebren ustedes pacíficamente su *meeting*. Yo entretanto, estudiaré detenidamente este asunto, y resolveré, sin pérdida de tiempo'".⁶⁹ La resolución no se hizo esperar, el gobernador promulgó la cuestionada ley sin titubeos.

Por su parte, los comerciantes organizaron su protesta. El día 17 la Comisión publicó una proclama dirigida "Al pueblo. A los minoristas y consumidores", invitándolos a concurrir al día siguiente al gran mitin, "en nombre de la última esperanza" que era "volver al seno de la misma Legislatura donde las leyes han sido votadas a pedirle que haga con las de impuestos lo que no ha mucho hizo con la Ley de Municipalidades: suspender su ejecución, según lo propone el proyecto presentado... por el diputado Héctor Varela".⁷⁰

La cita era en la Plaza Lorea a las 11 de la mañana, para lo cual se invitaba al comercio a cerrar sus puertas desde las 10, y el plan incluía una marcha hasta la Plaza del Retiro, concentración y pronunciamiento de discursos, y el traslado de la Comisión organizadora a la Legislatura. Doscientos inspectores fueron designados para mantener el orden durante el acto. El 19 la prensa reportaba el éxito del mitin. *La Patria* decía entusiasmada: "Cincuenta mil personas de todas las lenguas, de todas las razas, se reunieron en nombre de sus intereses amenazados y al simple llamado de una comisión popular, surgida del seno de la ciudadanía, se encontraron puntualmente en el mismo lugar y ... desfilaron en perfecto orden".⁷¹ Por su parte,

⁶⁷ *La Nación*, 15-12-1878.

⁶⁸ *Ibid.*, 17-12-1878

⁶⁹ *Ibid.*

⁷⁰ *Ibid.*, 18-12-1878.

⁷¹ *La Patria*, 19-12-1878

La Nación relataba "...treinta mil personas, por lo menos, se reunían pacíficamente... Sin exageración podemos decir que se encontraba representado en la espléndida reunión, el comercio minorista en masa". A las doce del día "La manifestación salió de la plaza tomando la calle Victoria. Abrían la marcha varios comisarios de policía al frente de un piquete de gendarmes de caballería. Los manifestantes llevaban banderas de todas las nacionalidades, dos bandas de música y varios estandartes con... inscripciones. (...) Los gritos de ¡Viva el comercio! ¡Viva la libertad! ¡Viva el pueblo! etc., etc. se repetían a cada momento".⁷² *El Porteño* de Héctor Varela, subrayaba por supuesto la ovación que éste recibía a su paso y el entusiasmo general de la multitud: "Todas las azotcas, ventanas, balcones y hasta los techos de las casas, estaban apiñadas de gente que, al pasar aquella estupenda procesión de cuarenta mil almas los aplaudían y en muchas partes, arrojaban flores...".⁷³

Llegados a la Plaza del Retiro, José Ghigliassa anunció la lectura del texto que se entregaría a la Cámara y, luego de leído y aplaudido el documento, la Comisión se dirigió a la Legislatura mientras en la tribuna improvisada, Basilio Cittadini, director de *La Patria*, hablaba a la multitud. La gestión ante las cámaras tuvo éxito y ante el pedido del Diputado Varela, la solicitud de los comerciantes fue girada a la Comisión de Presupuesto para su tratamiento. Los organizadores volvieron a la Plaza para comunicar la novedad y allí "se registra un gran entusiasmo, vivas y el meeting se da por terminado retirándose los grupos en orden".⁷⁴

El 25 de diciembre bajo el sugestivo título de "Il Rubicone non si passa", el diario italiano *La Patria* anunciaba que el gobierno había cedido a los pedidos del comercio y aceptado una propuesta elaborada por una comisión mixta de importadores, y comerciantes mayoristas y minoristas.⁷⁵

Hasta aquí la crónica de una protesta sectorial exitosa. Pero ¿qué repercusión política podía tener una actitud como la que acabamos de describir? Y ¿qué tenían que ver los italianos en todo esto?

En primer lugar, cabe destacar que la mayor parte de los comerciantes minoristas de la ciudad eran extranjeros, y en proporción importante italianos.⁷⁶ Pero además, no hay duda que entre los que lideraron la protesta, los de origen inmigrante tenían un papel preponderante, a tal punto que en la proclama original declaraban que, de aplicarse el impuesto, se verían obligados a "abandonar el país en el que hemos encontrado una segunda patria, un lecho feliz, trabajo honesto y lisonjeras perspectivas de fortuna".⁷⁷ El presidente mismo de la Comisión Organizadora era un italiano.

Por otra parte, en la organización del acto tuvieron un papel destacado los diarios de ese origen *L'Operaio* y *La Patria* (así como *El Correo Español*), desde

⁷² *La Nación*, 19-12-1878.

⁷³ *El Porteño*, 19-12-1878.

⁷⁴ *La Nación*, 19-12-1878.

⁷⁵ *La Patria*, 25-12-1878.

⁷⁶ Según cifras de los censos de 1869 y 1887 unas tres cuartas partes de los comerciantes minoristas de la ciudad de Buenos Aires eran extranjeros. Ver Hilda Sabato, Juan Carlos Korol y Ricardo González (1981).

⁷⁷ *La Patria*, 18-12-1878.

donde no solamente se informó acerca del conflicto sino también se convocó a reuniones y actos, se difundió la proclama inicial y se instó "al popolo" a participar de la protesta. Basilio Cittadini, director de *La Patria*, iba del brazo de Héctor Varela a la cabeza de la marcha del 18, y tanto él como Rocca, director de *L'Operaio*, estuvieron entre los oradores de las reuniones del Pasatiempo y del Retiro.⁷⁸ Este color extranjero no pasó desapercibido para los diarios argentinos, y mientras *La Prensa* denunciaba "el menosprecio con que se mira la opinión de los extranjeros aclimatados a nuestro cielo", *La Tribuna* se mostraba alarmada porque veía en la propaganda contra los impuestos la mano del socialismo internacional, al que asociaba con esos extranjeros.⁷⁹

En segundo término, este episodio demuestra la capacidad de presión que podía alcanzar un sector mayoritariamente compuesto por inmigrantes en defensa de sus intereses concretos. Esta capacidad se apoyaba en una disposición para la organización y la movilización que les permitió actuar rápidamente, convocar a importantes sectores y producir un hecho público de envergadura. Pero la repercusión y el éxito de esta acción se vinculan también con su impacto político. El momento era propicio: 1878 fue un año de realineamientos políticos. Muerto Alsina, apagados los ecos de la Conciliación, se reunificó el Partido Autonomista con la aspiración de organizarse a nivel nacional, retornando a su seno los rebeldes republicanos. Un sector identificado con el Gobernador Tejedor (electo tras la Conciliación y como candidato de la misma) quedaba sin embargo, afuera, y alcanzaba a principios del año siguiente una alianza con el mitrismo, para proponer la fórmula conjunta Tejedor-Laspiur para las elecciones presidenciales del 80. El núcleo central del autonomismo, por su parte, terminaría incorporado a las filas del roquismo y del nuevo Partido Autonomista Nacional.

En este contexto, el episodio de los impuestos despertó el interés de todos, y sus protagonistas no perdieron la ocasión de insertar el problema que los preocupaba en el campo más amplio de las luchas por el poder. Como primer paso, acudieron al diputado Héctor Varela —electo por el autonomismo unificado— para pedirle su intervención en contra del proyecto que se estaba tratando en diputados. Este se comprometió a luchar por la causa de los comerciantes, y de allí en más fue protagonista de todos los sucesos que siguieron. Habló en El Pasatiempo, se colocó a la cabeza de la marcha, fue proclamado presidente honorario del mitín, y actuó de intermediario del petitorio elevado a la Legislatura. Político menor en el concierto nacional, Varela era sin embargo una figura popular en Buenos Aires, especialmente entre los sectores medios de la ciudad y, en particular, como ya hemos visto, entre los italianos. En este caso, este personaje, que cultivaba cuidadosamente la relación con los sectores que lo seguían y admiraban, con su actitud activa de apoyo al conflicto, contribuyó a politizar una demanda en principio sectorial.

Pero quienes más hicieron en ese sentido fueron los diarios de la ciudad, que dedicaron amplio espacio al episodio, traduciéndolo en términos políticos según las posiciones que ostentaba cada uno de ellos en los conflictos que por entonces

⁷⁸ *La Nación*, 17-12-1878; *La Patria*, 19-12-1878 y *El Porteño*, 19-12-1878.

⁷⁹ *La Prensa*, 18-12-1878 y *La Tribuna*, 20-12-1878.

agitaban el ambiente local. Para los adversarios de Tejedor, el asunto estaba muy claro. Bajo el título de "La insolencia de Tejedor. Bofetadas al pueblo", *El porteño* no ahorra adjetivos para referirse a su gobierno: "odiado, aborrecido, detestado y maldecido hoy por todas las clases de la sociedad", y agregaba "Y Tejedor había llegado a creer que podía ser candidato a la Presidencia! (...). Lo habíamos dicho: para enterrar su candidatura presidencial, *basta con él*".⁸⁰ Varela contaba también con sus amigos italianos en esta prédica y *La Patria* se encarga de subrayar que con los impuestos, Tejedor se cubría de impopularidad merecida y "ha suscripto la condena a muerte de su proyectada candidatura para las próximas elecciones".⁸¹

La Prensa, dirigida por disidentes del Partido Nacional, pedía la renuncia del ministro de Hacienda de la provincia, autor del proyecto, pues "el meeting debía ser y ha sido una manifestación de opinión en contra de las teorías económicas que predominan en el espíritu del gobierno..."⁸² *La Nación*, en cambio sostenía que "si hubiese razón para la renuncia del ministro de Hacienda de la Provincia, Sr. Balbín, más la habría para la del ministro de la Nación, Dr. Plaza", y en todo caso, la responsabilidad principal era de las cámaras, que habían sancionado la ley.⁸³

En realidad, *La Nación* había mantenido una postura de difícil equilibrio durante todo el episodio. Por una parte, había contribuido a crear un clima contrario a la política económica del gobierno nacional y en particular, a la política impositiva (con artículos con títulos tales como "La invasión del impuesto" o "Un rosario de impuestos").⁸⁴ En diciembre, cubrió todos los acontecimientos que se desencadenaron alrededor del proyectado impuesto a los alcoholes, tabacos y naipes, simpatizando en líneas generales con la protesta, hasta el momento en que el gobernador promulgó la ley. Entonces "ante este hecho inesperado, el meeting anunciado no puede tener ningún fin práctico" y aconsejaba suspenderlo. Realizado de todas maneras el mitin, *La Nación* relataba los hechos y destacaba el éxito de la convocatoria y la justicia de los reclamos, pues "A pesar de no considerarlo un medio práctico, no podemos desconocer su importancia y alcance moral (...)"⁸⁵ Y a continuación, el diario insistía en un tema que ya había tocado en ocasiones anteriores, la conveniencia de traducir los reclamos en términos electorales a la hora de votar por nuevos representantes. Cuando se acercaba el conflicto, *La Nación* había dicho "Dejémonos de protestas ni de movimientos de opinión deficientes y tardíos y sometamos la cuestión a los hechos... Convencidos que son víctimas de un mal grave, piensen que el remedio está en la elección..." No parecía reparar en el hecho de que los protagonistas del acto eran en su mayoría extranjeros y por lo tanto no podían votar. Más tarde volvió a insistir: "Lo más práctico, lo que ha de dar resultados es elegir diputados y senadores que tengan ideas distintas de los que cesan en sus mandatos. Las nuevas elecciones van a tener lugar en breve y es preciso

⁸⁰ *El Porteño*, 20-12-1878.

⁸¹ *La Patria*, 18-12-1878.

⁸² *La Prensa*, 20-12-1878.

⁸³ *La Nación*, 24-12-1878.

⁸⁴ *Ibid.*, 22 y 29-11-1878.

⁸⁵ *Ibid.*, 17 y 19-12-1878.

que este gran movimiento de opinión se haga sentir en las urnas el día de las elecciones...⁸⁶

El mitrismo hacia campaña proselitista cuando faltaba poco tiempo para la renovación de la legislatura provincial en una elección en que su partido iría aliado a los tejedoristas y perdería frente al autonomismo, conservando sin embargo un buen número de bancas en ambas cámaras.

Por otra parte, en la prédica de *La Nación* planeaba también el fantasma de "los grandes acontecimientos que (en el viejo mundo) conmueven a las masas de obreros...". "Entre nosotros no hemos visto todavía producirse hechos semejantes, pero (los veremos)... si se persiste en creer que no hay más que gravar al habitante con contribuciones y que éste ha de pagarlas sin siquiera atreverse a murmurar".⁸⁷ Esta preocupación estaba presente también en *La Libertad*, que después del mitin denunció la presencia de elementos "comunistas" que habrían pretendido aprovechar la situación para "producir una conflagración social".⁸⁸ Pero fue *La Tribuna* la que extremó sus argumentos en esa dirección para condenar todo el episodio: "El meeting de hoy es un mal síntoma. La resistencia a los impuestos, suele degenerar en rebelión contra las leyes". Héctor Varela desde *El Porteño* y sus amigos desde *La Libertad*, no podían sino censurar la actitud de Mariano Varela (muy distanciado ahora de su hermano)⁸⁹ y mientras el primero se quejaba porque *La Tribuna* ignoraba las ovaciones de que era objeto Héctor durante la marcha, *La Libertad* acusaba "Sólo una nota discordante se ha levantado para condenar el meeting hoy. *La Tribuna*, siempre ella".⁹⁰ Esta, por su parte, denunciaba los "grandes regalos que el gremio del comercio en estos ramos piensa hacer a los defensores de sus intereses en el seno de la Cámara".⁹¹ Obviamente con otro espíritu, *La Patria* festejaba en enero una suscripción que había realizado la Comisión Popular del Comercio Minorista en favor del diario *El Porteño*, de Héctor Varela.⁹²

Todo este despliegue de apoyos y acusaciones, de expresiones de euforia o de indignación por parte de la prensa porteña, nos permite ver el grado de politización de este conflicto que rápidamente se convirtió en una pieza más del juego político coyuntural. Los comerciantes, en su mayoría extranjeros, inmigrantes, ganaron efectividad en su reclamo precisamente en la medida en que éste se transformó en un hecho político. Veremos a continuación un caso opuesto, el de un acto público que logra escasa repercusión política, y por lo tanto, muy poca trascendencia más allá del sector afectado por su convocatoria.

⁸⁶ *Ibid.*, 11 y 19-12-1878.

⁸⁷ *Ibid.*, 19-12-1878.

⁸⁸ *La Libertad*, 24-12-1878.

⁸⁹ *La Tribuna*, 18-12-1878. La enemistad entre Mariano Varela, director de *La Tribuna*, y su hermano Héctor, ahora director de *El Porteño*, era pública.

⁹⁰ *El Porteño*, 20-12-1878 y *La Libertad*, 19-12-1878.

⁹¹ *La Tribuna*, 16 y 17-12-1878.

⁹² *La Patria*, 7-1-1879.

Los intereses de la colectividad: una defensa sin eco

El 18 de febrero de 1870 *Los Intereses Argentinos*, diario católico vinculado a la Curia, publicó un artículo en el cual hablaba en estos términos de la inmigración italiana: "falanges como éstas (de bandidos) son las que nos llegan por lo regular de Italia. Después querrán decirnos que la inmigración italiana es lo mejor que viene a nuestras playas!"⁹³ La reacción de la colectividad no se hizo esperar. *La Nazione Italiana* expresó su repudio a esas expresiones y su redactor se hizo presente en la dirección del diario católico para pedir explicaciones. Una carta en la cual un tal Juan Guio se reconocía como autor de la infamante nota y se retractaba de las expresiones vertidas pues "...nadie más que yo en cuyas venas corre sangre italiana *aprecia y estima* la inmigración italiana, *una de las mejores* que vienen a nuestras playas", no alcanzó para satisfacer a la colectividad ofendida.⁹⁴ Ayer por la tarde una multitud de italianos no contentos con la declaración hecha por el Sr. Guio, se acercaron a la redacción de *La Nazione Italiana* solicitando otra reparación más explícita de toda la redacción del diario *Los Intereses Argentinos*". A propuesta de Cittadini, los presentes aceptaron formar una comisión para proceder en ese sentido, comisión en que aparecen representados todos los sectores de la dirigencia de la colectividad, desde el Mazziniano Pezzi hasta el monárquico Canale.⁹⁵

La entrevista con dos representantes del periódico se realizó en el Palacio Arzobispal, y terminó con una sugerencia poco amable de uno de ellos —sacerdote— remitiendo a la comisión y a los italianos a los Tribunales. En lugar de ello, los italianos decidieron convocar a un mitin a realizarse en el café Il Povero Diavolo, ubicado camino a Palermo, a mediodía del 23. Los ánimos estaban caldeados. Según el plenipotenciario italiano Della Croce, ante una advertencia de la policía en el sentido de que no se permitiría una demostración pública, el cónsul intentó convencer a sus connacionales de hacer una reunión en local cerrado, pero sin resultados positivos.⁹⁶

El día previsto para la realización del acto, un grupo de italianos se presentó en casa de Della Croce, para solicitar su intervención, para apaciguar los ánimos y evitar desórdenes. "El estado del partido de la colonia era tal", comenta el enviado, "que me hizo creer que mi voz no sería por todos escuchada pero la inminencia del peligro era tal que propuse que se reunieran conmigo sin distinción de partido los presidentes de las varias sociedades italianas y se redactó una proclama común que firmé con ellos".⁹⁷ En efecto, el documento fue firmado por la dirigencia institucional de la "colonia" (por los presidentes de las asociaciones *Unione e Benevolenza*, *La Nazionale Italiana*, la *Finalese* y la *Stella*; el director de *La Nazione Italiana*, y los representantes de la monarquía, el cónsul Negri y el Ministro Della Croce). Pezzi,

⁹³ *Los Intereses Argentinos*, 18-2-1870.

⁹⁴ *La Nazione Italiana*, 20-2-1870.

⁹⁵ *Ibid.*, 22-2-1870.

⁹⁶ Informe Consular. Ministero degli Affari Esteri, Roma. Carta del Ministro Della Croce, Buenos Aires, 27-2-1870.

⁹⁷ *Ibid.*

que había integrado la primera comisión y era miembro fundador de una nueva asociación mazziniana, no figura sin embargo en esta segunda lista.⁹⁸

Contra las ominosas previsiones, el mitin se desarrolló sin inconvenientes. Se leyó la proclama conjunta y se escuchó también al Dr. Francisco Rave, acusado por *La Nación* de ser el autor del suelto y despedido de su cargo como redactor de *Los Intereses Argentinos* por asistir al mitin, quién "...disse che egli non entrava solidale con nessuna delle infamie stampate nel diario pretino".⁹⁹ La desconcentración se realizó en orden, acompañando la multitud a Basilio Cittadini hasta la redacción de *La Nazione*, pronunciándose vivas a Italia y a la República Argentina. Al día siguiente, el diario reportaba exultante: "Il fiore della nostra colonia si diedi ieri la posta al Povero Diavolo: erano due, tre, cinque mille italiani che a nome di tutti i loro fratelli erano convenuti in un sol luogo, stretti nella piú bella unione...".¹⁰⁰

El conflicto quedó a resolución de los tribunales, y los italianos prepararon una declaración de protesta que se circuló para la firma y estuvo a disposición de los miembros de la colectividad en el Consulado, en la sede del periódico *La Nazione*, y en almacenes, cafés y otros comercios que se ofrecieron para ello.

El episodio habla de una capacidad de reacción rápida y eficaz por parte de la dirigencia de la colectividad italiana, dividida ideológicamente pero ya en esta etapa dispuesta a actuar de concierto en algunos casos; en particular cuando el que atacaba era no sólo un diario católico, sino también un acérrimo opositor de la unidad italiana. Habla también de una facilidad para convocar, organizar y controlar la movilización de sus connacionales, a través de instituciones como las asociaciones, pero sobre todo de la prensa escrita. Los representantes oficiales de la monarquía también aparecen jugando un papel conciliador que hasta poco tiempo antes no podían representar porque se identificaban sólo con una de las partes.

La puesta en escena de la protesta desplegada en los medios de prensa y también en la calle amplió sus alcances públicos, produciendo un hecho colectivo que trascendió la esfera de la "colonia". En efecto, de inmediato el episodio repercutió en los medios políticos locales, pero como veremos, de una manera muy peculiar.

Publicado el ofensivo artículo, *La Nazione Italiana* decía el 20 de febrero: "Toda la prensa argentina... está con nosotros... *La Tribuna*, *La Republica*, *El Río de la Plata*, y hasta *El Nacional*..." Más aun "...el tribuno del pueblo, Héctor Varela, nos llamaba sus hermanos, guardianes de la civilidad de los ciudadanos de todo el mundo, y los demás representantes del periodismo local se hacían eco de las sublimes palabras".¹⁰¹ Sin embargo, una recorrida por los diarios mencionados muestra una actitud bastante más reticente por parte de la prensa argentina. En primer lugar, la noticia no ocupó un lugar demasiado importante en ninguno de los principales periódicos de Buenos Aires. Además, si bien en general se simpatizaba con los motivos de indignación expresados por la colectividad, y se condenaba las expresiones del diario clerical, desde el principio se manifestaron reparos —más o

⁹⁸ *La Nazione Italiana*, 24-12-1870.

⁹⁹ *Ibid.*

¹⁰⁰ *Ibid.*

¹⁰¹ *Ibid.*, 20-2-1870.

menos fuertes según los casos— frente a la forma adoptada por los italianos para protestar. *La Prensa* tituló su crónica "El motín de los italianos" y expresó su condena al "medio adoptado por éstos (los italianos) para lavar esos insultos"¹⁰² *La Republica*, fuerte en su postura anticlerical, se preguntaba sin embargo "¿Quién ha podido aconsejar a los italianos esta ostentación de fuerza para ir a castigar a un escritor? Los italianos saben que somos sus amigos. Y es por eso que no aprobamos ese proceder que llevaba en sí una coacción, quizá una amenaza a derechos garantidos por nuestras leyes".¹⁰³ En términos parecidos opinaba *La Nación*, que daba amplia cobertura a la noticia del mitin pero luego advertía "si las reuniones pacíficas... degeneran en reuniones tumultuosas, ellas importarían un desaire al pueblo Argentino, más que una manifestación contra el que ha provocado los insultos...".¹⁰⁴

Hay aquí una clara intención de poner límites a la repercusión buscada por la colectividad. No se encuentran las habituales expresiones de solidaridad y de apoyo de los amigos políticos de los italianos, y *La Tribuna* misma ni siquiera reporta el acto.¹⁰⁵

Es cierto que algunos sectores no perdieron la oportunidad de salir a la palestra a través de la prensa retomando algunas de sus causas más permanentes. Así, en tanto la acusación provenía del "órgano del clero y de la corte de Roma", varios periódicos locales encontraron en el episodio un estímulo para reanudar sus prédicas republicanas y anticatólicas. *El Río de la Plata* y *La Nación*, se encargaron además de censurar la participación en el acto del cónsul y del ministro plenipotenciario, ambos representantes de la monarquía.¹⁰⁶ Pero más allá de este despliegue de algunos motivos generales que preocupaban sistemáticamente a la dirigencia porteña, el tono de su respuesta al episodio estuvo reflejado por *La Nación*, cuando concluía: "Por lo demás, no dudamos en afirmar que la palabra de un diario como *Los Intereses Argentinos*, no es digna de poner en conmoción a la población italiana".¹⁰⁷

De alguna manera, este episodio marca los límites de la repercusión política que podían tener las intervenciones de la colectividad italiana en la escena pública porteña. No bastaba con generar un hecho colectivo para que éste adquiriera una dimensión política y el eco logrado en ese sentido tenía mucho que ver con la dinámica de la vida local, las coyunturas, los conflictos en el seno de la elite porteña, así como con la capacidad de la dirigencia de la colectividad para colocarse en cada momento en relación con ella. En este caso, probablemente se combinaron varios factores para poner sordina al episodio. Por un lado el momento político era de relativa calma, tanto en el nivel nacional, marcado por el acercamiento entre Urquiza y el Presidente Sarmiento, como en el provincial, donde a las elecciones

¹⁰² *La Prensa*, 23-2-1870.

¹⁰³ *La Republica*, 24-2-1870.

¹⁰⁴ *La Nación*, 24-2-1870.

¹⁰⁵ En *La Tribuna* aparece una breve referencia al artículo del diario *Los Intereses Argentinos* recién el día 25-2.

¹⁰⁶ Tulio Halperín Donghi (1985) p. 205.

¹⁰⁷ *La Nación*, 24-2-1870.

de encro siguió "una distensión quizá acentuada por la pausa veraniega".¹⁰⁸ Por otra parte, esa "soterrada corriente de xenofobia" que Halperín encuentra ya a fines de los 60, cuando la inmigración italiana por su número y origen comenzaba a desbordar los cauces tradicionales, salió a luz ante un acontecimiento que podía poner a esa "nueva plebe" en la calle, y se tradujo en temor a la agitación, a la violencia, al tumulto que podía resultar de una presencia ajena, imprevisible.¹⁰⁹

Estos tres episodios nos muestran a los italianos (a la colectividad) interviniendo en momentos diferentes, con estilos distintos, y por motivos diversos, en la escena pública porteña. Nos permiten ver, además, los mecanismos de intervención, la capacidad de organización y movilización, el papel que cumplieron en ese sentido las asociaciones y la prensa escrita, y el protagonismo de una dirigencia con clara vocación de liderar a la colectividad en sus relaciones con la sociedad local.

En el primer caso, encontramos a esa dirigencia hegemónica por los sectores republicanos mazzinianos, que se consideraban representantes de una causa universal, y por lo tanto, aspiraban a nuclear tras de sí a *todos* los inmigrantes italianos. En nombre de esa causa, actuaban decididamente en apoyo de los grupos liberales porteños, a quienes los ligaban afinidades ideológicas profundas y fuertes vínculos políticos. El compromiso militar era una expresión más de una relación que se manifestaba en varios planos de manera explícita, y que se ponía en escena en forma reiterada, ante cada ocasión en que se abría espacio para ello.

Para 1870 vemos en cambio a una elite italiana que había ido perdiendo su homogeneidad, pero que desde su fragmentación, buscaba construir un liderazgo conjunto atenuando diferencias ideológicas y políticas, para asumir la representación de una colectividad también ella cada vez más heterogénea. Las relaciones con la dirigencia política porteña aparecen más mediatizadas y más complejas; ya no se trata de la simple alianza renovada una y otra vez entre dos sectores precisos que tenían vínculos claros y que respondían casi automáticamente ante cada suceso que requiriera de sus apoyos mutuos. En este caso, la búsqueda de adhesiones por parte de los italianos entre la dirigencia porteña, encontró a ésta poco dispuesta a una solidaridad incondicional. Si bien algunos sectores aprovecharon la ocasión para insistir sobre cuestiones ajenas al episodio mismo pero que formaban parte del universo más amplio de sus preocupaciones políticas globales, la tónica general fue de apoyo tibio a la colectividad ante la afrenta, condena a la forma en que se organizó la protesta y sobre todo, minimización del episodio que no tuvo así prácticamente ninguna repercusión política.

Finalmente, encontramos a los sectores moderados (republicanos y monárquicos) claramente dominantes entre la dirigencia italiana hacia 1878, actuando desde la prensa para incitar a la colectividad a plegarse a un reclamo que tenía por protagonista a un sector definido de la sociedad, los comerciantes. Extiende la convocatoria "al popolo", al que se identificaba con los consumidores que serían afectados por los impuestos, la elite italiana traducía un reclamo sectorial en uno

¹⁰⁸ Tulio Halperín Donghi (1985), p. 86.

¹⁰⁹ *Ibid.*, pp. 204-205.

general, que ignoraba por otra parte las diferencias económicas y sociales en el seno de la comunidad a la que dirigía su mensaje. En un momento en que esas diferencias se hacían cada vez más claras para sus protagonistas, esta convocatoria terminó atrayendo a quienes por entonces eran los clientes privilegiados de esa dirigencia, los sectores medios de la inmigración. Y si bien esta asociación preferencial no era nueva, fue cobrando mayor visibilidad a medida que otros sectores —en particular, los populares— fueron definiendo formas propias de acción y expresión. En este marco de representación de un sector que se identificaba por su nacionalidad, pero que tenía límites cada vez más claros en términos sociales, la dirigencia italiana iría redefiniendo sus vínculos con la renovada elite local. En este caso, los italianos aportaron su cuota a una movilización que no los tenía por actores únicos ni principales, y que rápidamente quedó incluida en un juego político sin duda protagonizado por otros.

Estos episodios marcan así las diferentes etapas en la relación de la elite "colonial" con la colectividad a la que aspiraba a representar, y con la elite política porteña. Muestran también desde donde se producía la intervención de los italianos en la escena pública local, cuáles eran los puntos de partida. Los motivos explícitos que sustentaban esa intervención fueron limitados y recurrentes: la defensa de ciertos ideales y principios que tenían siempre su referente en la situación italiana; la salvaguarda de los intereses generales de la colectividad; la defensa de intereses específicos de los particulares (individuos o sectores). Desde una colocación inicial que en general se asentaba en alguno de los motivos mencionados (o en más de uno) se avanzaba luego en otras direcciones, de manera tal que las intervenciones de los italianos en la escena pública muy pronto adquirían una *dimensión política explícita*. Por un lado, porque esta presencia podía convertirse en un hecho político —más allá de las intenciones declaradas de sus protagonistas— en la medida en que fuera tomado como dato contundente en los conflictos políticos que vivía la ciudad. Por otro, porque desde la colectividad italiana, con distintas modalidades y desde posturas diferentes, siempre se terminaba tomando partido, expresando adhesión o condena a personajes, hechos y acciones de la realidad política local, y recibiendo apoyos y anudando lazos con sectores de su dirigencia.

Todo esto se hacía, sin embargo, desde una postura declarada de "apoliticidad", sostenida por los sectores más representativos de la elite de la colectividad italiana en Buenos Aires.

5. La "apoliticidad" de los inmigrantes

Buena parte de los trabajos que sostienen la prescindencia de los inmigrantes en materia política se apoyan en las reiteradas menciones a la apoliticidad que se encuentran en las fuentes de origen étnico. Sin embargo, como veremos, el término ha tenido acepciones diferentes, que conviene rastrear.

En principio, la "apoliticidad" surgió como actitud contestataria de un grupo dentro de la dirigencia de *Unione e Benevolenza* que, hacia 1864, recriminaba a la conducción social controlada por los mazzinianos, su intento de inscribir formal-

mente a la sociedad como institución republicana. Como corolario de esta impugnación emergió —como ya hemos visto— una concepción mutualista y "apolítica", que expresaba la necesidad de preservar a la sociedad de los avatares propios de la lucha ideológica que entonces enfrentaba a los republicanos mazzinianos con los monárquicos en el seno de la colectividad.¹¹⁰

En sus orígenes, esta concepción estuvo ligada al accionar de los republicanos moderados que ganaron el control de UB, pero muy rápidamente se impuso en el conjunto de las asociaciones. Y a medida que se consolidaba la monarquía en Italia y se extendía su influencia sobre la colectividad residente en el Plata, la "apoliticidad" comenzó a ser esgrimida como la mejor muestra de adhesión —que se prefería pasiva— a la figura real. En este sentido, se comprende la acusación de los mazzinianos que, hacia fines de siglo, denunciaban la campaña monárquica para mantener a los italianos disociados de la acción política y sólo preocupados por "hacer la América". La protesta mazziniana se inscribía en una concepción que suponía a la política como un instrumento de acción ideológica. Por su parte, era esa noción la que se combatía tras el postulado de "apoliticidad", tomada casi como sinónimo de desideologización.

Esta acepción fue retomada hacia fines del siglo XIX por los estudiosos de la colectividad italiana para explicar el éxito del movimiento asociativo en las décadas anteriores, al que suponían basado en ese compromiso de apoliticidad.¹¹¹

En otro sentido, la "apoliticidad" también fue esgrimida como la única conducta que los italianos y sus dirigentes podían desarrollar hacia la sociedad local. En rigor, esta actitud no fue siempre defendida. A principios de la década del 60, los mazzinianos reconocían que hacían política mitrista, y los signos de esta alianza eran públicamente aceptados al menos hasta la revolución de 1874.¹¹²

Sin embargo, progresivamente se fue oficializando una versión que sostenía que la "apoliticidad" era la única actitud legítima frente a la pugna electoral de la que los extranjeros estaban excluidos. Se era "apolítico" en tanto no se podía votar, y era esa condición la que definía la colocación formal que los italianos debían adoptar frente al sistema político.

En ese plano, de acuerdo a lo establecido por la Constitución, para los extranjeros las opciones estaban claras: o se perdía esa condición, nacionalizándose, o se asumía la "apoliticidad". Esta situación dio lugar a una retórica de prescindencia en los asuntos locales, que sin embargo aparecía continuamente trasgredida en tanto la colectividad, a través de su prensa periódica y de otros mecanismos de expresión, no dejaba de opinar en todas y cada una de las coyunturas políticas por las que atravesaba el país. Más aun, como hemos visto, los italianos intervinieron una y otra vez en la escena pública porteña, practicando así una forma de participación

¹¹⁰ Fina Cibotti (1987), (1988).

¹¹¹ Entre los más importantes creadores de esta tradición ver Zuccarini (1910), Parisi (1907), Martignetti (1898) citados en Fina Cibotti (1988), pp. 246-247.

¹¹² Ver Depto. de Sociología y Cátedra de Historia Social, Fac. de Filosofía y Letras, UBA, op.cit., p. 20. También, *L'Amico del Popolo*, 26-12-1888, a la muerte de Gaetano Pezzi, reproduce testimonios de pesar entre ellos el de los mazzinianos de Montevideo, nucleados en el diario *L'Italia*, quienes recordaban cuando residiendo en Buenos Aires "hacían" junto a G. Pezzi política mazziniana y mitrista.

característica de la época. Como otros sectores (y con otros sectores) actuaron en el escenario público para expresar opinión, presionar por sus intereses, incidir sobre la toma de decisiones. Así, y en consonancia con las reglas de juego del sistema político imperante, la colectividad italiana logró construir un doble discurso que combinaba la aceptación de su marginación formal del sistema de representación, con una apertura hacia la participación de hecho, a través de vías informales totalmente legitimadas por la acción y la costumbre.

Ya en 1857 Sarmiento percibía este doble discurso y frente "a los extranjeros que se establecen en estos países (que están) lejos de ser extranjeros a la política del país" proponía que se nacionalizaran o que renunciaran "a entender en la política",¹¹³ según vimos más arriba. Pero su preocupación no aparece entonces compartida, en tanto eran los mecanismos informales de "entender en la política" los que predominaban en Buenos Aires, tanto para esos inmigrantes como para los argentinos nativos.

Esa preponderancia de los mecanismos informales de participación política sólo comenzaría a ponerse en cuestión hacia el 80. Ya en 1878, a raíz del episodio de protesta por los impuestos que hemos narrado más arriba, *La Nación* intentaba definir los límites de la acción política diferenciándola de otras formas de intervención pública. Decía: "Reunión económica y social y no política. Felizmente la cuestión de impuestos no es política y los partidos no deben darle ese carácter... Mientras no haya un partido político que haga de esto un sistema, no hay porque convertir en política la grave cuestión económico—social de los impuestos... Los males que causan las leyes de presupuesto e impuesto tienen su fácil correctivo en los poderes mismos que las dan. El pueblo obra directamente sobre ellos con demostraciones pacíficas por la prensa y directamente, por el voto, lo cual lo habilita para darse los legisladores que más convengan a sus intereses".¹¹⁴ Es obvio que el problema había sido convertido en una cuestión política, y que Mitre mismo desde *La Nación* había contribuido a ello, según su posición coyuntural en el momento del episodio. Pero de todas maneras en su diario tematiza un problema que iría adquiriendo mayor relevancia en las décadas siguientes: por dónde *debía pasar* la participación política.¹¹⁵

La implantación de un régimen oligárquico de base nacional y la complejidad creciente de la estructura social, fueron restringiendo la vigencia de los viejos canales de actuación política en la ciudad de Buenos Aires y, aunque éstos no desaparecieron, comenzaron a perder efectividad. Por otra parte, los síntomas de modernización se hicieron sentir más allá de los límites que imponía un sistema político restrictivo, y muy pronto la cuestión de la ciudadanía —sus limitaciones, sus condiciones de

¹¹³ D.F.Sarmiento: "L'Opinion Etrangère" en *El Nacional*, 25-9- 1857, citado en Sarmiento (1928), p.70.

¹¹⁴ *La Nación*, 20-12-1878.

¹¹⁵ Por entonces (al filo del 80) la discusión alcanzaba también a las colectividades inmigrantes, en cuyo seno comenzó a plantearse con virulencia el debate sobre la nacionalización. Ver, por ejemplo, los artículos publicados en *La Patria* en ocasión de la creación del Club General Brown, a mediados de 1879.

ampliación— y de la representación fue adquiriendo centralidad en el debate público. Se abría así un campo para el protagonismo de los partidos políticos modernos, y para una dinámica política del todo diferente a la que hemos explorado en estas páginas.

BIBLIOGRAFIA

- Alvarez, Norberto y Malgesini, Graciela (1983): "Los gringos al poder. Los inmigrantes y un proyecto de poder municipal autónomo en el pueblo de San Juan Bautista, 1873-1891", mimeo.
- Baily, Samuel (1983): "Las sociedades de ayuda mutua y el desarrollo de una comunidad italiana en Buenos Aires, 1858-1918" en *Desarrollo Económico*, vol. 21, Nº 84, enero-marzo.
- Botana, Natalio (1984): *La tradición republicana*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Cibotti, Ema (1987): "Movimiento mutualista y construcción de una elite italiana en Buenos Aires 1858-1870", Buenos Aires, mimeo.
- (1988): "Mutualismo y política, un estudio de caso. La sociedad Unione e Benevolenza en Buenos Aires entre 1858 y 1865" en *L'Italia nella società argentina*, dirigido por Fernando Devoto y Gianfausto Rosoli, Roma, CSER.
- Cornblit, Oscar (1967): "Inmigrantes y empresarios en la política argentina" en *Desarrollo Económico*, vol. 24, Buenos Aires.
- Cortés Conde, Roberto (1965): "Problemas del crecimiento industrial 1870-1914", en Torcuato di Tella y otros, *Argentina sociedad de masas*, Buenos Aires, Eudeba.
- Daireaux, Emilio (1888): *Vida y costumbres en el Plata*, Buenos Aires, Félix Lajouane, t.1.
- Devoto, Fernando (1984): "Las sociedades italianas de ayuda mutua en Buenos Aires y Santa Fe. Ideas y problemas" en *Studi Emigrazioni*, año XXI, Nº 75.
- (1986): "Elementi per un'analisi della ideologie e degli conflitti nella comunità italiana d'Argentina, 1860-1910" en *Storia Contemporanea*, año XVII, Nº 2.
- Díaz Alejandro, Carlos (1970): *Essays on the economic history of the Argentine Republic*, New Haven, Yale University Press. (Hay edición en castellano de Amorrortu.)
- Di Tella, Torcuato (1981): "¿Argentina: una Australia italiana?" en *Crítica y Utopía*, Nº 10-11, Buenos Aires.
- Dore, Grazia (1964): *La democracia italiana e l'emigrazione in America*, Brescia, Morcelliana.
- Falcón, Ricardo (1984): *Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- (1987): "Izquierdas, régimen político, cuestión étnica y cuestión social en Argentina (1890-1912)" en *Anuario*, 12, segunda época, Rosario, Escuela de Historia, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario.
- Gallo, Ezequiel (1977): *Colonos en armas*, Buenos Aires, ITDT.

- Gradenigo, Caio (1987): *Italianos entre Rosas y Mitre*, Buenos Aires, Ediliba.
- Germani, Gino (1968): *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, Buenos Aires, Paidós.
- Guaragna, Beatriz y Trinchitella, Norma (1984): "La revolución de 1880 según la óptica de los periódicos de la colectividad italiana" en *Jornadas sobre Inmigración, Pluralismo e Integración*, Buenos Aires, mimeo.
- Gutiérrez, Leandro (s/f): "El incendio del Colegio del Salvador, 1875: expresión de protesta social", Buenos Aires, mimeo.
- Halperín Donghi, Tulio (1976): "¿Para qué la inmigración? Ideología y política inmigratoria y aceleración del proceso modernizador: el caso argentino (1810-1914)", en *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerika*, Band 13. (También incluido en su libro *El espejo de la historia*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987.)
- (1980): *Proyecto y construcción de una nación (Argentina 1846-1880)*, Caracas, Biblioteca Ayacucho.
- (1983): Comentario al artículo de Herbert Klein: "The Integration of Italian Immigrants into the United States and Argentina: a Comparative Analysis", en *The American Historical Review*, vol. 88, Nº 2.
- (1985): *José Hernández y sus mundos*, Buenos Aires, Sudamericana/ITDT.
- Matsushita, Hiroshi (1983): *Movimiento obrero argentino, 1930-1945*, Buenos Aires, Siglo XX.
- Justo, Juan B. (1933): *Internacionalismo y Patria*. Buenos Aires.
- Martignetti, Ignacio (1898): "Gli italiani nella Repubblica Argentina" y en *Comitato della Camera Italiana di Comercio ed Arti di Buenos Aires*, Buenos Aires, Cia. Sudamericana de Billetes de Banco.
- Míguez, Eduardo (1987): "Política, participación y poder. Los inmigrantes en las tierras nuevas de la Provincia de Buenos Aires en la segunda mitad del siglo XIX" en *Estudios Migratorios Latinoamericanos* Nº 6-7, Buenos Aires, CEMLA.
- Murilo de Carvalho, José (1987): *Os bestializados. O Rio de Janeiro e a República que nao foi*, San Pablo, Ed. Schwarz Ltda.
- Panettieri, José (1967): *Los trabajadores*, Buenos Aires, Jorge Alvarez.
- Parissi, Giuseppe (1895): *Storia degli Italiani in Argentina*, Roma, Voghera.
- Rock, David (1977): *El radicalismo argentino, 1890-1930*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Sabato, Hilda; Korol, Juan Carlos; González, Ricardo (1981): *Los trabajadores y el mercado de trabajo en Buenos Aires, ciudad y campaña, 1850-1888*, Buenos Aires, PEHESA-CISEA.
- Sarmiento, Domingo F. (1928): *Condición del extranjero en América*, Colección Biblioteca Argentina dirigida por Ricardo Rojas. Buenos Aires, La Facultad.
- Scenna, Miguel Angel (1974): *Cuando murió Buenos Aires, 1871*, Buenos Aires, La Bastilla.
- Silberstein, Carina (1987): "Administración y política: los italianos en Rosario (1860-1890)" en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, Nº 6-7, Buenos Aires, CEMLA.

Società Italiana di Beneficenza in Buenos Aires (193): *La storia dell'Ospedale Italiano*, Buenos Aires, Cía. Gral. de Fósforos.
Zuccarini, Emilio (1910): *Il lavoro degli italiani nella Repubblica Argentina*, Buenos Aires, La Patria degli Italiani.